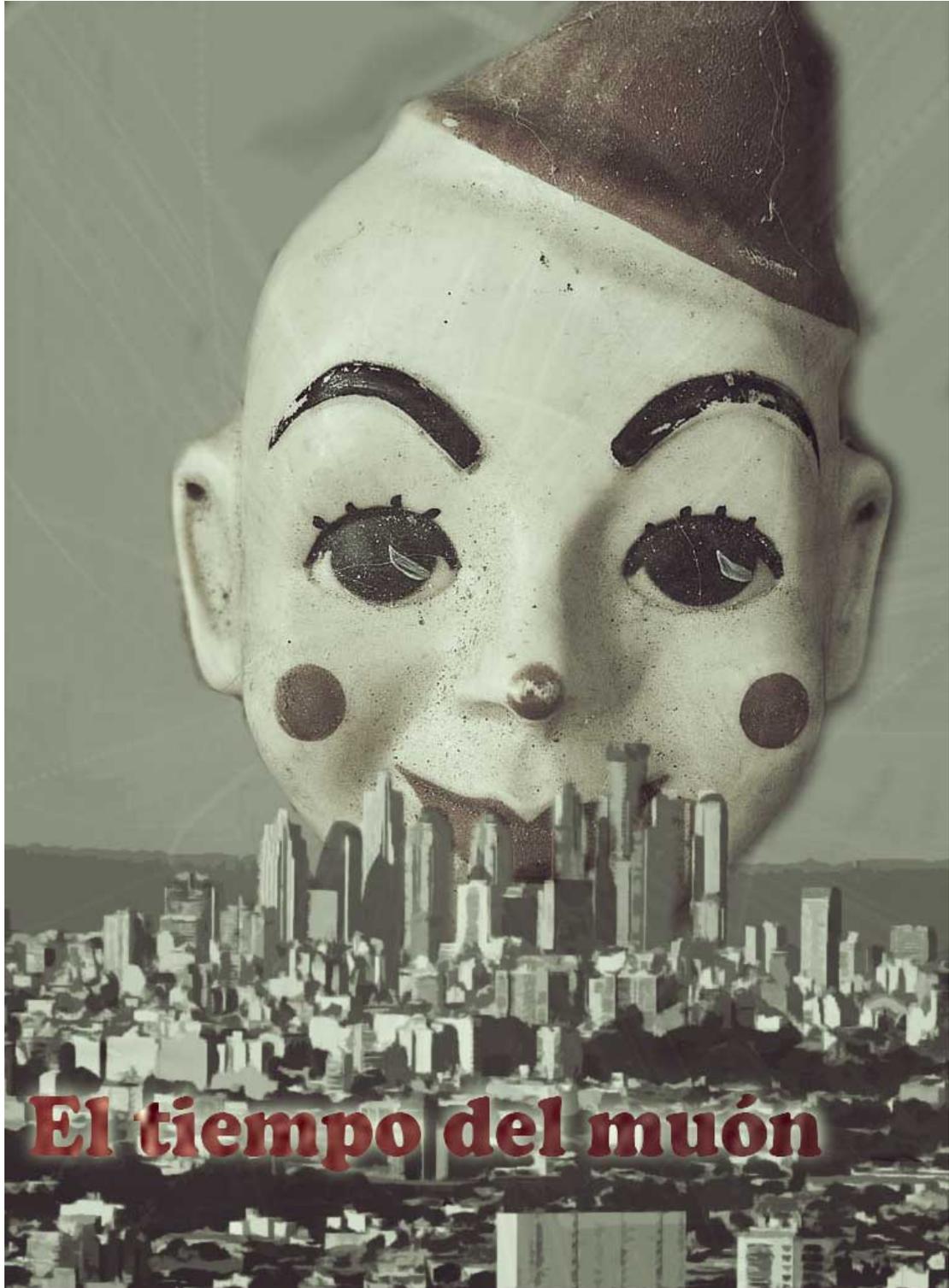


El tiempo del muón

Ariel Pérez



Capítulo 1

El tiempo del muón primera parte

*Las minitas aman los payasos
Y la pasta de campeón
I.S.*

1

La música electrónica enmudece todo. A ese volumen no se pueden oír más que algún grotesco llanto sobre exagerado. El lugar está opacado por la bruma nocturna proveniente del río cercano. Apenas se disipa algunos instantes para que podamos ver a los presentes: payasos alrededor de una tumba. No se podría alcanzar a ver las inscripciones de la lápida. La música se va alejando como si saliera de un auto que pasa, para por fin, en el silencio, escuchar el sonido de la espanta-suegras que se desenrolla y se vuelve a enrollar. Una cornetita gris y verde, que en su máxima extensión parece una larga carretera solitaria a mediodía. La música electrónica; el dance de los autos tuneados. Un llanto exagerado; el rugir de una máquina a punto. Un punto en esa carretera que se va agrandando junto con la música electrónica. El payaso que maneja puede ver, al frente y por el retrovisor, la misma la carretera desierta. A los costados, campo y algún rancho perdido. Cerca de una tranquera queda clavado un cartel escrito a mano alzada, con pintura blanca y fondo madera, que dicta:

VENDO TERNERO HOL ARG.

Capítulo 2

2

Domingo 30 de septiembre de 2007

El día radiaba un sol de primavera, con esa temperatura ideal de los fines de septiembre. El Payaso lleno de una preocupación poco habitual en su rostro, miraba las pupilas negras de unos ojos marrones pegados sobre las alas la mariposa naranja que se había posado sobre su brazo. Una brisa ondulaba el pelo lacio de Samanta, que sentada en el cordón de la vereda, miraba a El Payaso, quien después de un silencio prolongado, habló al fin:

-Yo no puedo hacer nada con eso – y la mariposa se perdió de su vista, volando, sin preocuparse de transitar sus últimas horas de vida.

-No podés hacer nada –respondió Samanta y lo dejó de mirar -. Está bien. Sos increíble.

-Encima te ofendés.

-¿Sabés qué pasa? –lo volvió a mirar-. Me decís que me querés...

-Te dije que te amo.

-Peor. Me decís que me amás y no se te mueve un pelo por lo que te estoy contando.

-Esperá, esperá. Sos vos la que no me ama. Yo no puedo hacer nada con eso. Cada cual elige lo que quiere y puede, y siente lo que siente.

-Ya te salió la filosofía, siempre te sale la filosofía– Samanta negó con la cabeza -. Me parece que no me amás.

-¿Por qué? ¿Porque no te hago un escándalo? ¿Porque no lloro y te pido que te quedes conmigo, ni te prometa que las cosas van a cambiar? Ni que...

-Está bien, listo, se termina acá.

-Es lo que querés ¿no?

-No.

-¿Entonces qué mierda querés?

-Quería decirte lo que siento.

-Y te da por las pelotas...

-No tengo pelotas, estúpido.

-Y te da por los ovarios que yo lo acepte.

-Pensé que te iba a doler más.

-Estoy destruido.

-Se nota.

-Mirá, nena...

-No me digas nena...

-Que te dé la razón y piense que por lo que vos sientas yo no puedo hacer nada, no significa que no me duela.

-No te entiendo.

-¿Sabés lo que yo entiendo? Que vos me querés ver humillado. Me querés ver de rodillas, implorándote.

-Ahora soy una hija de puta ¿No?.

-Si vos lo decís...

Los nervios, la bronca, hicieron que las lágrimas sucias con delineador salieran de los ojos marrones de Samanta, ojos que El Payaso amaba.

-Andate a la concha de tu madre.

Samanta se levantó del cordón y se fue por el mismo lado por el que había llegado. El Payaso no la siguió con la vista. No quería ver su culo por última vez.

Capítulo 3

3

Ya han pasado casi dos meses desde que El Payaso rompió con Samanta, desde que ella le había contado que ya no sentía lo mismo y que después de haberlo mandado a la concha de su madre, se había levantado para ya no verse.

La casa de El Payaso está pulcra y ordenada. No ha tenido mejor idea, o mejor cosa qué hacer, que mantener el orden de su hogar. Ha renunciado a su empleo en el estudio contable. Suele seguir levantándose a la misma hora de siempre, ir al baño, orinar apuntando a la pastilla desodorante. Tirar la cadena, bajar la tapa del inodoro. Retocar su maquillaje, lavarse los dientes, ponerse su traje. Desayunar copos de cereales. Lavar, secar, guardar los trastes usados. Baldear la vereda, barrer, pasar el plumero. Y todo pensando en Samanta. Su maldita Samanta. De vez en cuando toma su pluma y escribe en un papel:

*Y de repente
me confieso que te amo
en las noches silenciosas
de mis labios callados
que mueren por un beso de tu boca.*

En alguna parte del mundo y de la historia, El Payaso conoció a Samanta. Una pequeña mujer recién salida de la adolescencia. Ella lloraba o reía del mundo. Para el caso es igual, puesto que de cualquier forma sentía la vida. Su pelo lacio castaño, sus ojos marrones. Algunas marcas, casi imperceptibles de un acné pasado. Él se acercó y le preguntó por qué lloraba (o de qué se reía), y ella lo mandó a cagar.

El Payaso deja el papel de lado. Va al lavadero. Mete la ropa sucia en el lavarropas, jabón Ala, y deja que el aparato haga el resto. Vuelve al living. Entinta su pluma, y vuelve a escribir:

Y de repente...

Quiso el destino que ellos se cruzasen en el supermercado. El destino actúa así. Uno va a hacia la góndola de aceite de cocina; otra, a la góndola de vinos fino. Un pasillo une ambas secciones y viniendo de extremos opuestos no tardaron en cruzarse. Él no la registró por ir mirando los precios de los tomates enlatados. Pero ella sí. Y sintió que lo

conocía desde siempre. O no, mejor dicho, sentía que se había acostado con él. Eso es lo que le dijo días después. En realidad, sintió ganas de coger y si no era con él, no importaba.

Cuando El Payaso mostró su poema, que le había costado una noche en vela y cuatro o cinco líneas de cocaína, Samanta no dudó, no trató de reducir su risa (o su llanto).

-Sabía que no te iba a gustar.

-¿Y para qué mierda me lo mostrás?

Para esos momentos ella ya estaba desnuda y pensando en tener sexo.

El sexo, mi querido amigo, no es "un meta y ponga". ¿Quién era que le había dicho eso? La mesita ratona a veces se movía sola. Era en esos momentos en que la casa le parecía como poseída. Indudablemente, una línea de falopa hace a uno creer que es el rey de la realidad. Hablábamos del sexo.

Sí, el sexo no es "un meta y ponga". ¿Quién era el que repetía eso todo el tiempo? Uno despeja la mesa de libros y hojas garabateadas. La despeja de un manotazo y lo hace porque piensa que es pérdida de tiempo, no sólo guardarlos en el lugar que corresponden (si es que existe tal lugar), sino que escribirlos es al divino pedo. Entonces queda todo en el piso o en el infierno, que es prácticamente lo mismo, y crea una línea imaginaria que divide todo del todo. Esa línea que se puede encontrar en cualquier lado. Tan diferente a la línea que separa los sexos, o los une. En aquel entonces, cuando El Payaso miraba su mesita ratona pensaba en sexo. Sí... ¿Y qué importaba lo que dijeran los amigos? El payaso hubiera querido postrar a una trola sobre su mesita ratona y poseerla. Convertirla en una casa. Claro que nunca lo haría, por eso de la línea de los sexos, pero al menos hacía otra línea y en vez de penetrarla, la línea penetraba su nariz roja hasta su punto G.

Hubiera querido nacer mujer, y enamorarse de otra mujer. Y que todo no sea "un meta y ponga". Hubiera perdido su virginidad a la edad de los... bueno, no importa. Lo importante es que si nunca hubiera conocido a Samanta, hoy sería un perfecto hombre normal, con su trabajo normal, con la casa normalmente desordenada, con su cocaína, sin el desgano de saberse libre, sin pensar en una mujer y escribir los mismos versos, repetidas veces.

Que mueren por un beso de tu boca

Cuando tocó timbre su amigo (era su amigo porque no le quedaba otra) El

Payaso le abrió la puerta con la velas colgando.

-Otra vez sexo –Le dijo este amigo del alma.

-No puedo evitar el meta y ponga.

-¿Cuándo vas a aprender, nene? –e hizo un silencio. Se puso los anteojos para ver de cerca, desenrolló un papiro y después agregó- Tengo una buena noticia para darte: Andá al supermercado y comprá unos cuantos litros de aceite.

-Tengo que ir a trabajar, amigo.

-A la mierda con el trabajo. Hacé lo que te digo.

- ¿Qué? ¿Voy a encontrar el amor de mi vida?

-Eso es imposible, Pero Ella te va a encontrar a vos.

Ella lo encuentra a uno. Saca su línea y marca la diferencia. Una línea escondida en un felpudo que dice Welcome. Bienvenido. Come in, please. Aquí estoy yo, tu posesión y poseedora. Pero uno es uno y todas las ilusiones terminan en tragedia. El amor, como tal, no nos pertenece. ¿Cómo podemos amar a una felpúdica línea? Ella aparecería y la mesita ratona, con sus cristales rotos, ya no tendría sentido alguno. No hay meta y ponga que soporte tal acto de amor.

Capítulo 4

4

Domingo 8 de julio de 2007

Poca gente concurría al zoológico en días como ese, y menos a esas horas de la mañana de un domingo frío, digno de los crudos inviernos, como el de aquel año, con esa ola polar que hacía unos días se aproximaba desde el sur. El viento parecía querer tajearle el rostro a El Payaso. Samanta, más precavida, llevaba una bufanda. La pareja caminaba por el sendero desierto, cerca del sector de las cebras.

-Se parece a vos –dijo El payaso apuntando a una de las cebras–; por lo rayada.

Ella sonrió debajo de la lana, le pegó un leve, casi cariñoso cachetazo, y volvió a meter su mano dentro del bolsillo de la campera.

-Estúpido.

-Qué poco sentido del humor tenés.

Samanta no contestó y se quedó mirando aquellos animales. El Payaso la observaba a ella, como encandilado, como queriendo encontrar detalles que aún no había descubierto. Y pudo observar un movimiento en la parte descubierta del rostro. Vio como sus facciones se le iban arrugando. Sus ojos se achinaban, su ceño se fruncía y sus cejas quedaban a desnivel una de la otra. Se deformaba, como haciéndose vieja en pocos segundos. Se convertía en algo lo cual él no amaba. Devino en un monstruo inconcebible en tan poco tiempo que su mente no alcanzaba a razonar. El Payaso estuvo a punto de decirle que le daba asco, pero su cara cambió de golpe, como desarrugándose, volviendo a su forma habitual; la que lo encandilaba.

-Qué bichos más feos –dijo ella –¿Por qué será que tienen esas rayas?

-Porque están encerrados en el zoológico.

-Qué tiene que ver.

-Son como presos.

-Malísimo tu chiste.

Siguieron caminando por la veredita, en dirección al serpentario. Él la rodeaba con sus brazos por la cintura y sentía ganas de tocarle las nalgas. Ella deseaba fervientemente que el bobo le acariciara el culo. Pero El Payaso era un tipo que no le gusta pasarse de la raya. No era una cebra prisionera en un zoológico y tampoco era el esclavo de Samanta. Aunque la amaba con todo su corazón, y como si pudiera entrar en su mente, sabía que ella buscaba las caricias. Pero él no lo haría. No le daría el gusto de que se enojara por hacerse el atrevido y tratarla como una puta.

El Hombre de Seguridad del zoológico, solía llevar prostitutas en sus horas de trabajo nocturno. Las noches suelen ser largas cuando se está a cargo de animales que duermen, de los que nadie ya quiere hablar, porque ya se habló demasiado en el día. Estos animales son observados con atención por chicos y grandes, quienes le dan de comer el alimento que venden los viejos que atienden en los puestos, estratégicamente ubicados por todo el zoológico. Estos viejos ya terminaron su horario laboral y se dirigen a sus casas o prostíbulos más cercanos. O paran a tomar cerveza en cualquier bar de la esquina. Todos los empleados del zoológico se van, incluso el de seguridad con horario diurno. Pero El Hombre de Seguridad nocturno queda solo y necesita algún tipo de compañía.

Esa noche las cosas no habían salido del todo bien. Katty, después de haber fingido un orgasmo, fumado un cigarrillo y haber sido seducida de nuevo, declaró sus deseos de tener una víbora serpenteando en su cuerpo mientras mantenía sexo oral. El Hombre de Seguridad se opuso rotundamente. Pero fue cediendo por las súplicas mientras una mano hurgaba dentro de su pantalón.

Capítulo 5

5

Viernes 6 de Julio de 2007

Pegar, recortar, pegar. Por la mañana Irene trabajaba en sus collages. El día jueves y su noche eran su franco. Le gustaba el jueves, ese día en el medio. Recortar así la semana le agradaba. Los viernes solía despegar su cabeza de la almohada antes de las nueve y ponerse a trabajar en sus collages. Trabajar en sus collages significaba comprar viejas revistas en el parque Centenario, recortar y pegar. Su cuarto rebalsaba de collages. Algunos estaban encuadrados y colgados en el living comedor de su casa. No por ella, sino por Julia, su amiga. Ambas vivían en un departamento de un edificio viejo. Desde la ventana entraba siempre el ruido de la avenida de la esquina.

Para Julia, los collages que su amiga fabricaba eran espejos del alma de la autora. Claro que no lo decía con esas palabras.

-I, cómo podés tener esas cosas en la cabeza... -le dijo a eso de las doce del mediodía, apareciendo por la puerta del dormitorio. Le cebó un mate.

-Yo no tengo nada en la cabeza. Sólo corto y pego -chupó el mate -, corto y pego.

-Mi amor -dijo Julia levantando uno de las obras, la que más cerca tenía-, pusiste una teta dentro de la boca de un cocodrilo.

-Queda bueno, ¿No?

-Hermoso. Pero ¿podrías dejar eso y teñirme?

-Esperá que pego esto y voy.

Pegar. Hasta hacía un rato sentía que su collage le faltaba algo. "La esencia". La esencia era algo inexplicable, pero ella la detectaba en cuanto la veía. Recortar. Irene cortaba las imágenes con su mayor empeño para no dejar ni más ni menos que lo que debía. Pegó la imagen de una dama antigua (la esencia), sacada de una revista Antejito de 1983. Ahora, con veinticinco años, la revista y la misma Irene terminaban siendo usadas por el destino. Ella, Irene, era como una figurita de Antejito, para recortar y hacer un collage con su cuerpo. La dama antigua, era como

Irene, nunca dejaría de existir. Eran las damas antiguas de la historia del universo. Un payaso pudo haberle hecho perder el rumbo, engañarla, adularla, decirle que la amaba y besarle el cuello. Pero ese payaso, que había quedado recortado en la historia y pegado en su pueblo natal, poco sabría de sus dones artísticos y menos su profesión indecente.

Y mientras le teñía el pelo de un rubio platinado a su amiga, le deseaba la muerte a aquel canalla que años atrás había jugado con sus sentimientos. Ahora ella jugaba con los demás payasos y con las revistas. Y hacía un collage con sus cuerpos y les retorció la mente con palabras y suspiros. Y mantenía su nombre en secreto. Y le cortaba su masculinidad con su guillotina. Y ellos morían de placer. Poco sabía si sus deseos con respecto a El Payaso se harían realidad y poco le importaba. Tan sólo teñir a su amiga era como matarlo.

A eso de las dos de la tarde, comieron un guiso de arroz. A las tres, sonó el teléfono: solicitaban los servicios de Katty, quién se cambió rápidamente y se fue.

Cinco menos cuarto, El Hombre de Seguridad tocó el timbre del departamento. Julia se levantó del sillón y le abrió la puerta. Se saludaron como viejos conocidos, y el hombre preguntó por Katty, mirando los cuadros en las paredes. Eran cuadros bastantes raros, realizados no sabía por quién, y de hecho no le importaba. Otra cosa le importaba más que el arte. Pero no podía dejar de observarlos, con cierta curiosidad, siempre que pasaba por ahí, siempre que traspasaba la puerta de aquella casa. Los animales dibujados mezclados con fotografías; rostros humanos metidos en una jaula. Esas cosas, no se podían dejar pasar por alto. Eran como ventanas al zoológico de sus pesadillas. Pero no eran tan tormentosas, no, aunque algo inquietantes por lo surrealistas, si es que aquel pelirrojo podía darse el lujo de calificar, o mejor clasificar los movimientos artísticos. Zoorrealismos hubiera sido una buena definición.

-La Katty está trabajando –le respondió Jenny ya sentada nuevamente, pegada al calventor, semidesnuda, cortándose las uñas de los pies, las cuales caían como migas de pan para los patos.

-¿No le decís que el sábado trabajo? ¿sino se da una vuelta?

-Si querés voy yo.

-No, te agradezco.

-Me despreciás porque soy rubia.

-Sabés que no.

-Sí, me discriminás. Nunca me invitaste al zoológico.

-Un día te invito.

-Estás enamorado de la Katty.

-No.

-Bueno, yo no le pienso decir nada. Si querés date una vuelta más tarde. O llamala por teléfono.

Bajó los escalones, tranquilo, uno a uno, sabiendo que Jenny le iba a decir a Katty quién la había venido a buscar. La escalera giraba continuamente. Unas lámparas tortugas emanaba toda la luz del pasillo. La baranda de mármol frío limitaba las escaleras del hueco oscuro del centro. De golpe, la luz se apagaba y todo era oscuridad, como haber entrado en la boca del lobo. Y en el primer piso, una luciérnaga roja o el ojo de un felino tuerto, debía ser presionado para que se hiciera la luz. Siempre pasaba lo mismo. No lograba bajar dos pisos sin que las tortugas se extinguieran; eran más rápidas que él. Lo único que lo inquietaba era que no se cruzaran; que Jenny levantara el tubo para atender la llamada de algún ave de rapiña y tuviera que salir volando, sin poder dejarle el recado a la Katty. Él hacía tiempo que había dejado de llamar por teléfono. Le gustaba eso de tratar personalmente la cuestión e inquietarse con los collages y el olor a guiso que salía de la cocina. De vez en cuando se quedaban mateando y charlando de cualquier cosa. Era un día lindo para matear con las amigas y comer tortas fritas. Pero no había sido el caso; mala suerte.

Le quedaban un par de horas libres antes de relevar a su compañero en el zoológico. Todavía no se sentía el frío como se sentiría horas más tarde; la ola polar era inminente. Le gustaba ir caminando por ahí, entre la gente y los autos de la avenida, viendo a las mujeres y compararlas con animales. Ahí va el flamenco. Mirá la morsa, ¡Opa! Hipopótamo. El mandril, la chita, la urraca. No, no había una que se pareciera a Katty. Ninguna era tan camaleónica como Katty. Eso era lo bueno de ella. Que un día venía morocha, otro aparecía tan pelirroja como él. A veces parecía estar gorda. Otras veces parecía volar como una pluma. Era maniobrable o se transformaba en una puta histérica. Otros días era igual que su amiga la rubia. Y a veces venía de tal mal gusto que el hombre casi no podía excitarse. Así era Katty. Y al pasar por un puesto de diario se tentó en comprar todos los ejemplares sólo para que nadie leyera el clasificado de Katty. Pero siguió de largo, no era cosa de comprar por un par de palabras abreviadas. El boca en boca era imposible de comprar o frenar. De todas formas, los diarios de la mañana ya estaban vendidos y en frente del puesto, en el estudio contable, El payaso daba una ojeada al rubro 59 mientras esperaba que el teléfono sonara. Eran las cinco de la tarde. Cinco y dos minutos sonaría. Él atendería, diciendo "Estudio..." Mientras pensaba "Hola, mi amor" porque sabía que iba a ser ella como

todos los monótonos días.

"Katty..." leyó en el diario y sonó el teléfono.

-Estudio...

-Dejá de decir así, estúpido, si sabés que soy yo.

-Hola, mi amor.

-El domingo vamos al zoológico.

-¿A qué?

Y le cortó. Otra de las cosas que sabía que iban a ocurrir. Siempre le cortaba, sin importar su opinión. Eso le provocaba cierta apatía contra Samanta. Y no podía sino ir al baño a darse un pase.

Capítulo 6

6

Deja la cama bien tendida. Pone todo su empeño en eso. Se queda mirando un momento su obra, con los brazos en la cintura. No se puede hallar arruga alguna entre las sábanas. Tan diferente se ve la cama ahora que Samanta ya no se acuesta en ella; ahora que ya no duerme en ella, ni coge en ella. Todo es tan estático que podría abrumar. Cómo si uno se asfixiara en ese cuarto tan pulcro y ordenado. Sin el caos que solía respirarse, incluso en aquellos momentos en que la pareja solo charlaba, en una mañana cualquiera, como la de aquel domingo de junio, en que, después de hacer el amor, El Payaso le contaba las complicaciones de parto que había sufrido su madre al darlo a luz. Podía recordarlo bien. Podía visualizar la escena en esa cama, con las frazadas hechas girones; con la espalda sobre el respaldo y Samanta recostada sobre él.

-Y estuve a punto de morir- le dijo El Payaso -. Estuve tan cerca de la muerte que por eso le temo.

-Sos un cagón -dijo ella.

-Todos lo somos.

-No. Yo no. No le temo a nada.

-¿Ni a que me aleje?

-Si vos te alejás...

Samanta se levantó de la cama y comenzó a tomar sus ropas que estaban dispersas sobre el suelo.

-Fingí el orgasmo -dijo ella con cierta indiferente malicia mientras se vestía.

-Si no te quisiera tanto, te mandarí a la mierda.

-Pero me querés ¿Qué le vamos a hacer? -replicó con una sonrisa. Miró la hora -. Tengo que comer con mis papás.

Cuando salieron y se subieron al Corsa rojo de El Payaso, Samanta eligió el CD para escuchar.

-*"No se entiende el menú, pero la salsa abunda"* –cantó el Indio. El Payaso la miró frunciendo el ceño.

-Ya sé que no te gustan los Redondos, pero a mí sí.

El Payaso la dejó y puso en marcha el auto. De todas formas, luego, cuando su novia estuviera en su casa, él tendría toda la tarde libre para escuchar lo que quisiese. Pero cuando ya estaba solo, completamente solo, cuando su suegro, El Milico, hablara pestes de él mientras masticaban el asado y se manchaba el uniforme verde oliva con chimichurri, no prendió el estéreo. Todo lo que atinó a hacer es ir a su casa, sacarse los zapatos y consumir cocaína. Pronto dejaría ese hábito, se irían las ganas de todo y se irían junto a todo lo demás: La novia, el trabajo, el suegro que le ladre. Todo estaría fuera del descontrol. Ya no vería a su Samanta porque ella lo dejaría porque se le cantaba las bolas. NO TENGO BOLAS, ESTUPIDO. Nunca tuvo bolas, eso le gustaba. Era tan cagona... Y pensar que decía no temer a nada. ¡A nada! Un cordón de la vereda no ata nada. No la ataría a ella para irse, para mandarlo a la concha de su madre. No lo ataría a él a las cursilerías de una súplica desubicada. ¿Para qué y por qué suplicar?

Se acostó sobre el sillón y se tapó con un acolchado viejo. Aún así tenía frío. El invierno le parecía más crudo ahora que estaba de novio. Y recién había llegado, para quedarse tres meses y después morir en primavera. Sabía que el calor se iba ni bien Samanta se ponía su ropa interior alegando tener que hacer algo o prendiendo el estéreo y dejando sonar a Los Redondos que no tenía. Iría a buscar frazadas si no fuera porque halló el control remoto entre sus nalgas y el sillón. Prendió la tele y se puso a hacer Zapping.

El zapping, mi querido amigo, es como... ¿Cómo qué? Como... ¿Cómo qué? Dale hablá, no me dejes así.

Cuando recordaba esas frases pre armadas por su Amigo del Alma, empezaba a sentir ganas de drogarse. El Espíritu de su Amigo del alma se la daba de filósofo. Sí, era eso, se la daba de filósofo y después contaba los libros que había leído. Uno por uno. Todos esos viejos que nunca llegaron a nada más que palabras que se mueren en el tiempo. Pero además se la daba de oráculo. ¿Cuántas veces le había predicho cosas que le pasarían? No tenía intenciones de agradecerle haberlo hecho faltar al trabajo para que conociera a Samanta. No podía agradecer. Sabía que tarde o temprano el amor de su vida se fugaría en una nube de cigarrillo, como todas esas otras. Todas, un cigarrillo o una línea. Jamás había amado a nadie, excepto a Samanta, pero eso no era impedimento para que no se marchara. Pues Samanta también tenía la línea felpúdica. Es verdad, lo atraparía un rato y luego se aburriría. Le diría que no lo quiere

o algo por el estilo y él no podría hacer nada por eso.

Todos los canales son iguales. La programación de los domingos por la tarde cambia sólo en títulos. Pasar una y otra vez por los canales, es sólo para gastar pilas.

Capítulo 7

7

Principios de mayo de 2007

Pip. Frío monótono del osciloscopio. Pip. Gotas de suero inyectándose intravenosa. Pip. Limpias y blancas las cortinas fraccionan la sala. Pip. Arduo esperar sentado en la silla. Pip. Seiscientos segundos hasta el zoológico. Pip. Las seis y pip de la tarde. Pip.

El padre del Hombre de Seguridad estaba en terapia intensiva hacía unos meses. Agonizaba en un silencio de monótonos pips que marcaban su pulso. No se podía comunicar con nadie. Como un oso invernando, dormido y en pelotas frente a su hijo, las enfermeras y doctores. Aunque ya no era un oso. Era el tipo más indefenso del mundo. Sus músculos, que alguna a vez habían sido fuertes, se habían consumido y dejado la piel que los cubría como un pez globo pinchado.

La enfermera que estaba de turno era una perra. O una gata. Cada vez que pasaba por delante del Hombre de Seguridad, este no podía evitar sacar su vista del diario que leía y mirarle las piernas. Si la mujer se dio cuenta o no, jamás lo sabría, pero a él le parecía que pasaba cada vez más seguido por ese lugar. Era una gata, indudablemente. Una pantera negra en busca de alimento. Miró los clasificados y en su vista quedó expuesta "KATTY..." como una señal. Ese fue el primer contacto que tuvo con Katty.

Esa noche, aún con el diario del día anterior en la mano, se quedó pensando en la enfermera y en el anuncio. Hubiera jurado que Katty era la enfermera. Tenía la certeza de que si se animaba a llamar por teléfono, para tomar sus servicios, se encontraría con ella ¿Enfermera Mari? No importaba. Si se animara, pero no se animó.

De una a cinco, dormir no era un problema. Pip. A las cinco entra el primer empleado del zoológico. Pip. Estrechón de manos morocho/pelirrojo. Pip. Las luces artificiales se van apagando. Pip. A las siete menos tres, llega el relevo. Pip. Cambiarse el uniforme. Pip. Llegar a casa, dulce casa. Pip. Dormir un par de horas mientras el mundo se despierta. Pip. Llegar al hospital. Pip. sentarse en una silla. Pip. El frío monótono del osciloscopio. Pip. Y a las piernas de María de los Ángeles, o

algo parecido.

En los clasificados del diario de la fecha volvió a ver el anuncio. Siete menos cuarto, la enfermerita pasaba por última vez. Él la observaba, ella parecía mover su cadera más que de costumbre y luego le regaló, por primera vez, una sonrisa. Volvió a leer el anuncio.

En el zoológico, con el diario en la mano y las piernas y la sonrisa de María de los Ángeles, en la cabeza, llamó a Katty. Estaba disponible. Una estampida de rinocerontes en celo pasó por su mente, soñó despierto. María de los Ángeles, o algo parecido, iba a venir disfrazada de prostituta, usando un nombre falso.

Cuando el auto frenó a eso de las dos y media de la mañana. Su corazón latía tan fuerte que tuvo miedo de padecer un para cardio-respiratorio, y terminar tirado en una camilla junto a su padre.

Cabe decir que, al ver a Katty, su cabeza pareció explotar descubriendo que ésta no era María de los Ángeles o algo parecido, sino que era una prostituta común y silvestre; Algo más que lógico. Tomó sus servicios igual pensando que con un poco de imaginación sería como cogerse a esa enfermera pantera. Pero las cosas sucedieron de otra forma. Se olvidó de la enfermera, se cogió a Katty o ella a él.

Cosechar una amistad con una ramera es cosa rara, enamorarse, cosa de Cortázar. Sin poder creer demasiado que esa mujer era única, comenzó a buscar otras prostitutas más lujosas, más rascas y de la misma calaña. Ninguna se parecía. Ninguna la igualaba. Llevarlas a la casa mientras su padre se moría en una clínica, no le pareció muy apropiado. Cuando el gato está ausente los ratones bailan. No, no era apropiado. Pero solía sí ir a los puteríos los días de franco.

Cuando tuvo sexo con la enfermera de la clínica, con esa pantera, como a él le gustaba decirle, como le había dicho en cierta ocasión, se sintió tan vacío que no quería convencerse. Esta vez quiso usar su imaginación para creer que era Katty, pero fue inútil. Aquella relación fue fugaz; lo que dura un cáncer fulminante.

María de los Ángeles era una chica de veinticinco años. Estaba casada con un Fulano. Tenía dos hijos. Uno era ciego. Terminó en un hotel con El Hombre de Seguridad después de una breve charla sin importancia, en los pasillos de la clínica, sobre los fríos venideros y la depresión que le causaba ver las hojas de los árboles caer. Reflexionando sobre el porqué de haberse dejado seducir por ese tipo, jamás había llegado a una respuesta coherente. Lo más aproximado a la coherencia fue pensar que la cabeza imagina más de lo que debe. Tal vez imaginó que El Hombre de Seguridad la tenía grande, una especie de trompa de elefante. O quizá era que no podía soportar que su marido la engañe tan impunemente, sin

dejar evidencias de los hechos, como si todo fuese una paranoia de ella. Quizá fue un momento. Quizá, al escucharlo hablar de animales salvajes pensó que él sería salvaje en su cama. Grande fue su decepción, no porque el tipo cogiera mal, sino porque no era lo que ella había imaginado. Lo que sí sacaba de positivo de la aventura es que ya había roto una barrera. El Fulano no era el único tipo que existía, ni siquiera era el mejor.

Capítulo 8

8

Sábado 7 de Julio de 2007

-¿Familia Gallo?... Entonces me equivoqué de gallinero.

Y cortaba. Su cara siempre de piedra. Tiraba una tosecita y marcaba de nuevo. Y volvía a preguntar por la misma familia. La última tentativa de carcajada había salido de parte del Pelado Cara de Loco, siempre tratando de quedar bien con el negro del teléfono, quién lo miraba con su cara de piedra y volvía a marcar.

Lo cierto es que a esas horas ya nadie esperaba nada de nadie, muchos menos del Negro Cara de Piedra. Incluso el mismo Negro no esperaba encontrar nada detrás del tubo. Marcaba al azar y luego cortaba. De vez en cuando dejaba el teléfono para encender un Parisián con su encendedor de bencina. La casa apestaba a tabaco negro. Las ventanas no se podían abrir por órdenes del Anfitrión que apelaba que hacía frío.

-¿Qué ola polar, no?-preguntó El Fulano mirando a todos.

-La familia Gallo... entonces me equivoqué de gallinero. -Fue la única respuesta que se escuchó, y ni siquiera estaba dirigida a él.

No era una de las fiestas a la que estaba habituado a concurrir El Payaso. Ni siquiera era una fiesta. El reloj marcaba pasada la una de la madrugada. El Payaso se preguntaba qué mierda hacía ahí. Y el Cara de Sátiro que no paraba de alardear de sus enredos con mujeres casadas y cómo rompía las noches. Y el Fulano que estaba cansado por el trabajo. Y el Gordo de Mameluco con la idea de jugar al truco. Y cuando se armaban las parejas, se cantaba falta envido, se quería, se ganaba o se perdía y las cartas se volvían a guardar, sin revancha ni queja, ni sonrisas de gloria. Entonces el Anfitrión ponía a cantar a Gardel, mientras lo aplastaba con su voz de pajarito mojado. Y cuando terminaba Volver. Sacaba el disco de vinilo, lo guardaba en su sobre de cartón, bostezaba. Y El Fulano aprovechaba ese bostezo para decir "Muchachos, estoy cansado, me voy yendo. María de los Ángeles se pone rompe bolas" y a El Petizo "¿Vamos?". "Vamo" le contestaba El Fulano que tenía miedo de hacer cinco cuadras en la noche, en soledad. Se levantaban, dejando los vasos a medio vaciar. El Negro Cara de Piedra decía que eran unos amargos y también se levantaba. El Pelado Cara de Loco lo seguía con su joroba de doblegado. Alguno proponía salir mañana, todos asentían y se despedían

hasta la semana que viene.

Uno a uno iban saliendo en caravana por la puerta. Quedó al último El payaso, que hacía rato buscaba con la mirada a su Amigo de Alma. Aunque no podía precisarlo, tenía la certeza de que su Amigo del Alma lo había guiado a aquel departamento; seguramente, con alguna especie de profecía.

-Che ¿mi amigo?

-Dejalo- le contestaba El Anfitrión mientras cerraba la puerta sin dejar salir a El payaso.

No se puede decir que El Payaso sintió miedo. El Anfitrión era un hombre mayor y de apariencia débil que se podía derribar de un puñetazo. Y El payaso no sólo tenía dos puños, sino un 38 que se marcaba en su cintura. Pero sintió cierta incomodidad de quedarse solo con ese tipo, que lo miraba fijo y serio en un silencio turbador, sólo interrumpido por una corrección de garganta, el extraño golpeteo de la vieja heladera o el viento chocando contra las persianas bajas.

-Sentate, querés –ordenó el Anfitrión.

Sin desobedecer, El Payaso se sentó en la baqueta más cercana. El Anfitrión le sirvió whisky en el primer vaso que encontró sobre la mesa, prendió un cigarrillo, le ofreció uno a su huésped. Luego también se sentó. Un nuevo momento de silencio para dejar escapar la primera bocanada y volver a pitar. Y dejando que el humo se mezcle con las primeras palabras, recitó muy lentamente:

-Todo lo que hacía, lo hacía mal, o no lo hacía directamente. Era el maldito Frustradito del barrio, del pueblo o de la poronga que se le ocurra ¿Sabe usted?- volvió a pitar-. El Frustradito sentía que tenía que decir algo, algo tan importante, que no encontraba palabras. Yo creo que El Frustradito no tenía qué decir. Y si lo tenía, tenía miedo. El Frustradito tenía miedo. El Frustradito escribe sin pensar, sin ideas, con dudas, con miedo. Se refugia en esas mentiras que llaman... no tengo la palabra justa...

-¿Poesía?

-Poesía, sí- respondió el Anfitrión y lo atacó una estrepitosa y prolongada tos. Parecía que jamás saldría de eso. Pero lo logró y volvió a darle una pitada a su cigarro -Poesía... ¿Usted sabe lo que es la poesía?

-Escribir versos, supongo.

-¿Ha escrito versos alguna vez?

-Algunas veces.

-A eso me refiero. No hay veces. Siempre es siempre. Este Frustradito jamás dejará de escribir versos. Palabra por palabra, quedará sometido a su dolor. ¿Entiende a lo que me refiero?

El payaso levantó una ceja.

-¿Cómo decirle?-continuó El Anfitrión-. Dolor, sufrir, padecer –hizo otra pausa para fumar y pensar-. Mire, cuando uno sufre lo que este tipo, jamás puede reponerse. Es como cuando una serpiente se come a un hurón. ¿Ha visto comer a una boa?

-La verdad es que no.

-Traga sin masticar. Luego se enrosca en un árbol y tritura a la presa. Este dolor se tragó al Frustradito. Poco a poco lo está moliendo en su largo estómago.

-Debe haber una forma de sacarlo.

-Ha dado en el blanco, mi querido Payaso. Pero ¿Cuál sería esa forma?

-Conseguir que alguien abra la boa con un cuchillo.

El Anfitrión asintió con la cabeza.

-Sin embargo- continuó El Payaso-, los huesos partidos ya no soldarán.

El Anfitrión sonrió satisfecho. Luego se levantó y fue hacia a puerta para abrirla y dejar que El Payaso saliera. Antes de perderlo de vista en el oscuro pasillo del edificio, le gritó:

-Usted tiene un don. No lo desperdicie.

Capítulo 9

9

Los padres de Samanta la estaban apurando para que se decidiera por una carrera. A regañadientes, El Milico, había aceptado que el 2007 lo tomase como año sabático, pero de ninguna manera dejaría que eso ocurriese el año posterior. El tiempo pasaba y ella no podía estar sin hacer nada. La verdad era que Samanta no quería estudiar ¿Para qué estudiar? ¿Por cuánto? Su madre no había estudiado, ni podía trabajar por órdenes del belicoso de su esposo. Como arrinconada en el silencio y en la indiferencia hacia el mundo, Raquel le preguntaba a su hija a qué le gustaría dedicarse.

Eran tiempos de joder; joder con El Payaso. mutilarle las piernas si era necesario. Despintar su sonrisa con la lengua. Revolver su bolsillo, sabiendo que entre el papel picado, los pañuelos multicolores y los globos sin inflar, estaba la billetera. Era lo único que necesitaba tener en ese tiempo. El Payaso era su única pertenencia. El tipo laburaba y le compraba lo que ella quisiese y hacía lo que ella mandase. O eso creía. Así actúa el amor; uno da y el otro recibe. Él le daba su amor y ella recibía amor. Ella le daba una orden y recibía una obediencia.

Samanta pertenece a una especie que está todo el tiempo en celo. Pero también esa especie es la que piensa, y Samanta pensaba no estudiar por el momento, no casarse, ni tener hijos. Esos dones contrapuestos hacen a la especie. Pensar y desear todo el tiempo. Pensar y desear.

-La relación está verde, Pimpollo. -Le dijo un día El Payaso.

-Quiero un hijo ahora.

-Pero, mi amor...

- Qué.

-Tenemos tiempo, conozcámonos más. Vivamos.

-Quiero que mi hijo viva.

-Ya va a venir cuando sea el momento.

-Hoy es el momento.

Esa noche El payaso no usó preservativo. Ella se dio cuenta, esa noche, que él estaba realmente enamorado y que haría cualquier cosa por ella, incluso tener un hijo. En cierta forma, pensó, que tener un hijo con un hombre enamorado era como tener dos. Hacía tiempo que ella tomaba pastillas anticonceptivas. Él no lo sabía entonces. Cuando se lo contó, él abrió los ojos con sorpresa y desengaño.

-¿De quién sos? -Le preguntó Samanta.

Él Payaso respondió con cierta resignación:

-Tuyo.

Suyo era El Payaso, como El Fulano de María de Los Ángeles. El Fulano llevaba una vida feliz. Su felicidad partía del orden de las cosas. Siempre había altibajos. Siempre había obstáculos en el camino que podían desestabilizar esa felicidad. Pero cuando uno termina poniendo las cosas en el lugar que corresponde, todo vuelve a su curso normal.

Su matrimonio se desarrollaba armoniosamente, con un hijo pensado, meditado, después de unos justos dos años de casados, con una casa que había pertenecido a su padre, un trabajo totalmente estable, una mujer que también trabajaba como enfermera y era un ángel. Y pensaba que en tan sólo treinta años más estaría jubilado con dos hijos hermosos, un varón y una nena. Su hijo primogénito nació con una invalidez visual.

El Fulano sintió que su vida se iba por la borda. Todos esos planes eran al divino cuete. Pero no pudo, si no después, darse cuenta que no era tan grave para arruinar todo. Era como volver a casa y encontrarse con un piquete, un rodeo por calles laterales, avanzando lento, pero avanzando. Tranquilo; sin dejar que la impaciencia lo supere a uno hasta que el lío social haya pasado y luego poder retomar el camino de siempre. Tener un hijo ciego no era fácil, pero con buena voluntad y sacrificio se llegaba a ese orden deseado, con una familia amorosa como la suya.

María de los Ángeles lo amaba. Lo respetaba. No se podía decir que la boda había sido en vano. Ella llevaba impregnada la promesa en todo su ser. Él no creía posible lo que ella hacía: trabajar, criar al niño, cuidar una casa, soportar sus llegadas tardes del trabajo y las juntadas con sus amigos los viernes por la noche. Y tan sólo tenía veinticinco años de edad. Ella sostenía una familia reciente. Jamás hubiera pensado que María de Los Ángeles quisiera otra cosa. Que la niña que estaba en los planes de El Fulano, no lo estaba en los de María de los Ángeles.

Últimamente se la veía muy cansada. Llegaba de la clínica, hacía la comida. Pasaba un tiempo con su hijo. Y se iba a dormir antes que él, cosa que históricamente había sido al revés. Las charlas de sobremesa prácticamente ya no existían. Hacían el amor los sábados por la noche,

cuando él volvía de su reunión de amigos, y el bebé ya dormían. Algo medio mecánico, como un sistema programado en el tiempo, hacía que ellos se desvistieran sin palabras, se acostaran en sus respectivos lugares de la cama de dos plazas y se apagara el velador. Que él le diera un beso y luego se posara sobre ella. De la boca de El Fulano, quedaban colgando palabras de amor que no salían. Y si alguna vez sintió un deseo momentáneo de decir algo sucio, supo guardárselo y reprochárselo después de haber eyaculado.

Capítulo 10

10

Año 1997

Y si Irene se miraba en el espejo era para estar hermosa para El Payaso. Se peinaba con sus dedos; ensayaba muecas; levantaba un poco su pollera, la alisaba; buscaba un vello rebelde en sus cejas. Él no venía ese día, pero nunca se sabía. Con El Payaso nunca se sabía. Él decía: "El sábado vengo" y no aparecía. Y a Irene, no sólo le provocaba lágrimas de tristeza, sino miedo de perderlo. Porque Irene estaba enamorada. Porque ya había visto el futuro. Porque ya se había visto vestida de blanco, entrando en la capilla, donde El Payaso la esperaba con una sonrisa inigualable, algo nervioso o impaciente, junto a su madre. Y cuando ese sábado que había pactado venir, no venía, Irene veía peligrar ese feliz futuro. Y entonces, por ahí venía el martes y ella contenta, y jamás le reprochaba nada. Se olvidaba del sábado. Él venía con sus celos y dudas; con una sonrisa mal pintada. Ella lo interpretaba como simples actos de amor, porque él le había dicho que la amaba.

La sangre hervía cuando El Payaso la besaba. Él siempre respetó sus tiempos. Hizo un gran esfuerzo por ella. Cuando él traspasaba la línea de la cintura en busca de sus glúteos y ella dejaba de abrazarlo con su mano izquierda para tomar su brazo derecho y volverlo al lugar adecuado, apenas si protestaba y hacía un pucherito.

Pero la palabra amor (qué inocente suena ahora) llegó en el momento más adecuado, en el lugar más adecuado, con la entonación adecuada, como una señal inconfundible de que era el instante de sucumbir bajo el cuerpo de su amante. Se olvidó del miedo, del pasado, del futuro, su propia vida. Sintió que ya no se pertenecía. Eran una sola masa fundidas con amor.

La palabra amor puede que llegue en el momento preciso. Los signos de indiferencia, aunque siempre estén flotando en el aire, son imperceptibles a los ojos de un enamorado. Mientras Irene soñaba con su casamiento, con sus hijos y con todas esas cosas, el hijo de puta de El Payaso rompe los cristales de la vidriera donde exhiben los vestidos de novia. Aborta todo el futuro. Cambia el pasado y a una mujer que fue feliz mientras la casa estaba sola, silenciosa, y sólo se escuchaba el rechinar de la cama cucheta. La transforma en una idiota, una imbécil que no vio lo que pasaba. Una niña tonta que no vio que todo lo que El Payaso le había

dicho (sobre todo eso de que la amaba) no había sido más que una broma, un chiste, una burla.

Tres meses de depresión absoluta. Asco por los hombres. Ganas de desaparecer para siempre en las cuevas de la castidad. Y un día, un día cualquiera, que ya no podría precisar se mira al espejo, se ve horrible, toma sus ahorros, y va a la peluquería. Se compra ropa, se maquilla como nunca y sale a la calle. Busca al primer boludo que encuentra. Lo enamora y lo deja. Lo ve a El Payaso con una gordita, se le ríe en la cara, mientras deja que su nuevo compañero la bese y haga lo que quiera en plena calle, se apretuja a él tan ardiente, tan poco recatada. Luego lo va a dejar. Se da cuenta que el hecho de enamorar lleva demasiado tiempo. Al menos un día; le resulta demasiado. Entonces se va del pueblo, ya con un panorama bastante claro de lo que espera de su vida. Y todo lo hace por amor.

Capítulo 11

11

Domingo 8 de Julio de 2007

Un condón tirado en el serpentario hizo que Samanta se tapara la boca para que no se vea su sonrisa.

-Hay un forro tirado en el piso- dijo y largó una risita pícara.

-Es el guante de una víbora.

-No seas estúpido.

-Disculpen, señores -. La voz provenía de sus espaldas. La pareja se dio vuelta. Un hombre de seguridad, colorado como un tomate, los veía con cara nerviosa -. El serpentario está cerrado.

-¿Cómo que está cerrado? - preguntó Samanta, tras borrarle la sonrisa y comenzándose a enfurecer.

-Sí -respondió El Hombre de Seguridad -. Están en época de apareamiento. No se las puede molestar.

-Claro. Si no, no cogen.

El hombre la miró con una mezcla de incertidumbre y tensión.

-Ya está, Samanta -dijo El Payaso.

-Pero le voy a decir una cosa -agregó Samanta, haciendo caso omiso a las palabras de su novio -. No van a quedar preñadas porque se cuidan.

-¿Cómo dice? No le entiendo.

-Las serpientes ponen huevos- trató de explicar El Payaso. Y Samanta se agachó para levantar el preservativo del suelo.

-Que se están cuidando.

-Vamos, Samanta, tirá eso.

-Tirá eso, las pelotas. Yo pagué mi entrada, me hubieran dicho que el serpentario no estaba abierto y me iba al cine.

-Soltá eso, por favor –pidió Él Payaso entre dientes.

-Señorita- dijo El Hombre de Seguridad, como si no hubiera escuchado la explicación de la muchacha-, si no se retiran ahora, voy a tener que llamar a la policía.

-Qué te pasa, estúpido

Samanta explotó. Sus nervios la hicieron avanzar. El Payaso la sostuvo con sus brazos.

-¡Llamá a la policía forro! ¡Llamá, dale! -Siguió vociferando Samanta mientras El Payaso la arrastraba hasta la salida pidiendo disculpas.

Capítulo 12

12

Sentir que el mundo se muere poco a poco, que se va descomponiendo lentamente, que los gusanos comienzan a comer todo lo que se puede ver a nuestro alrededor: el espacio, la luz, el aire. Todo queda reducido a nuestros movimientos en la nada. Sentir; palabra pretenciosa. No se puede sentir lo que no hay. Sí, sólo los gusanos y la podredumbre que arrasa desde el momento en que el centro de la tierra dejó de latir. Del mismo modo los gusanos morirán, y las bacterias, se masticarán a sí mismas hasta desaparecer. Ya ni siquiera queda en pie la creencia de un dios o de un diablo. Al morir Papá Noel, nuestros ojos se cierran para siempre y ya no creemos en los regalos. Y ya no regalamos nada; sólo compramos y vendemos, como un ratón Pérez que sólo nos trae plata por nuestros dientes de leche y que empieza a agonizar con un cáncer de vejiga fulminante. Y con la muerte de Papá Noel, se suicidan Los Reyes Magos. Ya la víbora que serpenteaba por entre los contornos de nuestro ser, como un gigante gusano verde, ha muerto. El pecado queda inmóvil. Y con ellos los juicios, los lamentos y las risas. Todo va quedando atrás y sólo nos queda ese movimiento continuo e incesante; ese ruido desparejo; esa ausencia de piel, de lengua y de nariz.

Capítulo 13

13

Martes 10 de Julio de 2007

Con la muerte de su padre, El Hombre de Seguridad dejó de ver a María de los Ángeles. Ella le dio el pésame unos momentos antes de que el saliera por la puerta principal de la clínica. Hacía bastante que no pasaban una mañana de sexo y casi no hablaban. Él la invitó a tomar un café en el barcito de la esquina. Pero siguieron de largo, para meterse por última vez en el telo de siempre. Ya desacostumbrado a los besos, María de los Ángeles tenía que guiarle la boca hacia la suya. Ella interpretaba eso como un dolor por la pérdida. Cierta culpa por estar haciendo el amor, mientras a su padre lo guardaban en una heladera de la morgue, y pretendía despejarle la cabeza con sus labios. Él recordaba que la enfermera pantera no era Katty y se dejaba besar.

Todos los puchos parecen la culminación de algo. Ese último cigarro compartido, casi se dejó consumir entre los dedos de El hombre de Seguridad.

-Este es el adiós –dijo ella buscando con la mirada un lugar que no estuviera espejado.

-Si algo nos unía era la sonda que mi viejo tenía puesta – Hizo un pensativo silencio y luego, como para cambiar de tema preguntó - ¿Y tu marido?

-No quiero hablar de él.

-¿De qué querés hablar?

-De nada.

Se quedaron callados hasta que terminó el turno. Fue la última vez que se vieron. Esa noche, él prefirió pasarla solo, en el silencio frío de su casa, apenas recordando los días que pasó junto a su padre, el último, sobre todo, el día de la independencia, mirando por la ventana la nieve atípica cayendo. Casi dos días después, el pasto todavía estaba vestido de blanco. Vio pasar estruendosamente por la calle un Ford Falcon modelo 68. Pensó: "Como el que tenía el viejo". El auto dobló en la esquina, siguió siete u ocho cuadras derecho para frenar en la puerta de la casa de

Samanta.

Samanta comenzaba a aburrirse de El Payaso. Comenzaba a sentir que ya no importaba lo que le diera, lo que hiciera por ella, todos los gustos que le daba. Si lo hubiera visto esa noche, no hubiera dudado en dar por terminada la relación. Y desde el Falcon estacionado, El Payaso, tocó bocina dos veces seguidas, como si fuera la señal para que ella mirase por la ventana; un bocinazo que intentaba chocar con los cristales como una piedra; un bocinazo que emulaba trepar al balcón por una enredadera que la casa no tenía. Esa llamada jamás había sido pactada, por lo tanto Samanta se quedó en su cuarto, en el piso superior de la casa, escuchando Los Auténticos Decadentes que sonaban en la radio. Incluso subió el volumen del aparato para aislarse más del mundo, pues, aunque vivía en un barrio poco habitado, los ruidos existían. En la cuadra sólo se encontraba su casa, de la mano de enfrente, apenas un chalet a medio construir. Los árboles cargados de nieve tapaban la mayoría de los faroles de la calle. Su padre miraba en la tele, alguna película de Rambo. Su madre, Raquel, se estaba bañando.

El Payaso en la espera, temblaba de frío dentro de su auto sin calefacción. Volvió a tocar la bocina repetidas veces, pero era inútil, ella no escuchaba. Sacó un gramo de merca que llevaba siempre en la guantera para casos espaciales como éste y en el tablero medio ajado, hizo la primera raya. Cuando se inclinó, la butaca sonó como si uno de los resortes se hubiera salido de su sitio. Mientras metía la cocaína en su nariz pudo percibir una sombra humana acercándose. Su maldito suegro ahora apoyaba las manos en los vidrios y acercaba la cabeza para ver mejor quién mierda era el que tocaba bocina.

El Payaso ha pasado varios intentos de robo de su Corsa rojo. Estaba curado de espanto. Uno comienza con miedo a portar un arma porque no está seguro de saber cómo usarla en caso de emergencia. Después del primer disparo todo se hace más fácil, ya se le pierde el temor a errar o a herir y se comienza a tomarle el gustito a la sangre. En el segundo, ya el arma sale y uno se emociona. Luego, es casi un instinto sin placer ni dolor. Sombra, desenfundar, apuntar y no pensar; Si lo sabría el Milico de su suegro.

Los Auténticos Decadentes dejaron la posta a FunPeople. "One day... to be honest. One day... feeling free. One day, tedaré `o quemereces. Like Wilkenshizounavez. Like WiIlkens has made one day..."

Samanta jamás escuchó el disparo. Y su madre, pensó que Rambo ya se estaba enfrentando a la policía. El uniforme verde oliva no hace que la sangre se vea roja y mucho menos en la penumbra. El Milico se retuerce en el piso de un dolor que jamás hubiera imaginado.

El falcon arranca, desaparece por entre las calles. Cae al Riachuelo La patente era trucha, el chasis estaba limado. Todo lo que le preocupaba a El Payaso era que recién lo había adquirido.

Capítulo 14

14

19:42. Un apunte para hacer. Siento una necesidad de escribir sobre ella. Imposible. No puedo hacerlo. Y estoy harto de esta necesidad. Las cosas pasan tan veloces, que es imposible verlas. A veces pienso que lo que nosotros vemos, a medida que pasa el tiempo, no es en realidad su verdadera forma. El tiempo, las situaciones, son como muones que se mueven a velocidades extremas. Existen algunos nanosegundos, luego desaparecen. ¿Pero qué es lo que queda en nuestras retinas? ¿Qué es ese sentimiento que sobrevuela, esa certeza de haberla besado? ¿Cómo retener esos veintidós nanosegundos que dura un beso? Un beso tan largo como una noche de amor, tan largo como una herida incurable y punzante en nuestros corazones, tan largo como el rencor, como la tristeza, como una aceituna. Eternos veintidós nanosegundos. Un muón es inmortal e inestático. Es lo mismo empezar por el nacimiento que por la muerte; uno no pasó antes que otro. Estas líneas, que corren en el tiempo, corrieron antes, correrán después. Se mezclarán las letras, se mezclaron, se están mezclando; formando frases inentendibles, terminando a las 7 40 de una tarde de primavera; sin respetar fechas, sin respetar orden. Nada es nuevo ni viejo. La mente no crea situaciones que no existen. Y las mentiras no son más que formas de lo que pasó en otro lado. Puedo volver a besarla, puedo jamás haberla conocido. Todo es posible en el tiempo de un muón.

Estas palabras son las primeras líneas que escribe El Payaso desde la separación con Samanta. Nuevas palabras sin sentido de nada. Ya ni siquiera se preocupa del lugar en donde las guarda. Pero las guarda junto a todo lo demás que había escrito años y meses atrás. Todo un maldito día seleccionando borradores y clasificándolos por fecha de creación aproximada. Para volver a desordenar, mezclar todo como naipes, y volver a clasificar ahora por cosas escritas para Samanta y las cosas escritas para otras mujeres, y cosas escritas para nadie, y cosas escritas para él. Y volver a desordenarlo y clasificarlo por orden alfabético, guiándose por la primera letra de cada hoja. Todo podía tener un orden hasta ese entonces. Pero releendo estas últimas palabras piensa que ese orden es tan ajeno a él como cualquier otra cosa de esta vida. Ese orden, no diferencia botellas de aceite reventando contra el suelo; de tener a un amigo del Alma tirado en el sillón del living, con una larga sonrisa en el rostro. De estar enojado con nadie, por estar solo.

-Me hiciste faltar al trabajo y acá estoy: solo -dijo El Payaso cuando volvió del supermercado como su amigo del Alma, le había dicho. Sintiendo el aceite, que había arrojado deliberadamente desde sus brazos, entre sus

zapatos y el parquet, después de haber caminado con cierta esperanza por todo el supermercado.

-El teléfono – se limitó a decir El Amigo del Alma, y sonó el teléfono.

Eran del trabajo, que querían saber por qué no se presentó a su puesto. Y haciendo mímica con la boca el Amigo del Alma siguió las palabras de El Payaso:

-No me siento bien... Sí... no... Me pego un baño y voy; mañana le llevo el certificado.

-¿Me pego un baño? ¿O un pase? –dijo el Amigo aún con la sonrisa en la boca.

-Me mentiste, dijiste que...

-Ya te vio, no te preocupes.

-¿Quién era?

-Qué ansioso. Mañana hablamos.

Y desapareció, porque así desaparecen y aparecen las ánimas en nuestras vidas. Ese es el Orden. Nada tiene que ver con la armonía, con el ritmo. Apenas si hay una melodía incalculable, irrepetible, irresoluble, incorregible, infatigable. Un salto de nota a nota. Del Do al FA, Del SI al RE... sin escala progresiva.

Capítulo 15

15

Lunes 9 de Julio de 2007

La ola polar asolaba Buenos Aires desde hacía unos días. El viento llegaba tajante, como ráfagas cristalizadas que rompían contra los labios reseco, quemándolos. La nieve no tardaría en encender el aire con sus minúsculas partículas; chispas descendentes del cielo. Y cuando ocurrió, cuando pasó lo que nadie hubiera esperado, ahí estaban ellas, las chicas que habían decidido no trabajar ese día porque era feriado, porque era día de la independencia, y porque no eran caloventores. Y porque la idea de revelarse contra la cosificación, contra la transformación de energía eléctrica en energía calórica y energía calórica en energía monetaria, les pareció divertida. Como dijo Julia a su amiga, mientras acomodaba la cabeza al muñeco de nieve, esa tarde que había nevado:

-Un día como hoy, un tipo cruzó los Andes para que nosotras no trabajásemos.

Y era como si estuvieran en Los Andes, en la cima del Aconcagua. El blanco podio ganado por el esfuerzo de todos los días. Hoy se olvidaban del virrey, de El Payaso, del colorado de Seguridad, Del Negro cara de Piedra y con esos bastaba.

-Los reyes reinan, pero no gobiernan – dijo Irene con una hermosa sonrisa. Julia no entendía bien esa frase. Sabía que San Martín cruzó Los Andes a caballo blanco, el 9 de julio de 1810, junto con los granaderos, y que libertó a Chile, a Perú y a Argentina. Mientras los tipos de galera, las damas antiguas con abanicos y paraguas, y por supuesto las masamorristas, esperaban pacientes en el Cabildo y la Casita de Tucumán. Pero si el rey o los reyes reinaban, no estaba enterada. Sin embargo, le respondió con una sonrisa porque estaba igualmente feliz.

-Los reyes quizás no ¿pero las reinas Katty y Jenny?

-Primero debemos cortar algunas cabezas –respondió Irene –. Liberté, Égalité, Fraternité!

-¿Que te qué?

-Esto. Mirá... -Irene alzó su pierna y con todas sus fuerzas lanzó una patada directa a la cabeza del muñeco de nieve, la cual se derribó hacia el costado. La chica perdió pie y cayó al suelo- ¡Esto es la revolución!

-Bueno, esperá, que yo también le entro.

Julia tomó carrera y como una futbolista a punto de sacar un tiro libre, corrió y pegó de puntín justo ahí, donde el muñeco debería tener sus genitales. La punta de la bota roja se hundió y el dolor comenzó en su dedo gordo subiendo hasta su alma. Cayó también al piso con un quejido, junto a Irene, tomándose el pie que le dolía-. Cómo duele la libertad...

-La libertad es dolorosa. Pero bien vale la pena -explicó alegremente Irene.

Poco a poco el dolor que Julia sentía fue desapareciendo pero se quedó tendida en la nieve junto a su amiga, mirándola a la cara, con ganas de abrazarla. Pero no era el momento, era tiempo de hacer angelitos.

Capítulo 16

16

Sábado 7 de julio de 2007

María de los Ángeles llegó a acostarse con el Anfitrión de las fiestas que su marido frecuentaba. Buscaba la verdad. Quería saber quiénes eran realmente los amigos de El Fulano; que hacían esos viernes. Quería confirmar la certeza de que su marido la engañaba. El hecho de acabar teniendo sexo con El Anfitrión empeoró sus dudas, puesto que si ese viejo hijo de puta se cogía a la esposa de un amigo, bien podía El fulano cogerse a la esposa de algún otro.

Parapetada detrás de un paraíso pelado, dejó pasar un tiempo prudencial desde que su marido salió por la puerta del edificio de El Anfitrión, antes de encarar la entrada. La puerta estaba abierta o su cerradura rota. Ingresó al edificio. Cuando ascensor llegó a la planta baja y se abrió, vio salir a El Payaso que ni siquiera la miró; venía ensimismado, pensando en la charla que había tenido con El Anfitrión sobre El Frustradito, sobre las serpientes, sobre los poemas. María de los Ángeles no conocía a El Payaso y no sospechó que podía venir del departamento al que se dirigía. Hasta ese entonces sus razones no pasaban por el sexo, sino ver dónde se guarecía su marido todos los viernes. Pero esa indiferencia inconsciente, por alguna razón indescifrable, cambió el rumbo de la historia. Tuvo una vaga sensación de recuerdo, o un dejavú. Y cuando vio al viejo Anfitrión, ya en bata, la lujuria se posó en sus neuronas. Se mordió el labio inferior y no dijo más nada hasta cerca de las cuatro de la madrugada.

-¿Con quién me engaña mi marido?-preguntó María de Los Ángeles mientras se prendía su corpiño.

-Qué sé yo, nena. Igual me parece que te estás equivocando. Ese no puede mentirte, está enamorado.

-Vamos, no lo cubra más. Usted no dudó en tener sexo conmigo.

-No hubiera dudado de tener sexo con nadie. A veces pienso que las personas como ustedes buscan algo más que sexo... no me diga nada -encendió un cigarrillo-. Pienso que su marido no le da lo que usted quiere. No hablo de sexo, no, hablo de esa cosa rara: amor. Él se cree que es muy bueno y todas esas cosas, realmente lo es, pero usted quiere

que no sea así. ¿Cómo lo diría un sabio? No sé...

María de los Ángeles vio el pene erecto de El Anfitrión, que permanecía acostado y desnudo. Volvió a acercarse a medio vestir y comenzó a practicarle sexo oral. No obstante, El Anfitrión siguió el hilo de sus ideas.

- Suponga que su marido la engañara ¿la haría más feliz saberlo? Por supuesto que no -dijo una pitada al cigarrillo -. Si usted tuviera esa certeza confirmada, se separaría. Así por lo menos, e hipócritamente, tendría una buena razón para hacerlo. Pero veré: las razones no son válidas en este mundo, tal vez en otro. El problema no es que su marido la engañe, sino que usted ya no lo ama, si es que alguna vez lo amó. ¿Alguna vez amó a su marido?

María de los Ángeles, concentrada en sus asuntos pudo escuchar esta última pregunta. Dejó lo que estaba haciendo y respondió:

-Aún lo amo -Y volvió a meter el pene en su boca.

-Ya ve cómo no hay razones... no se distraiga, siga. ¿Qué haría yo con decirle que la engaña o no la engaña? Hacerla sufrir, y en este momento no veo por qué hacer eso. En tal caso, usted pregúntele a su marido, y si no se convence, cuénteles que estuvo conmigo. Verá que las cosas no son como parecen ni parecen lo que son. Uno se enrosca en una serpiente y muere de esa manera. No deje que las serpientes la atrapen y vuelva a su casa hoy y haga el amor con su marido como debe ser.

Cuando María de Los Ángeles estaba en la puerta a punto de irse le dijo al Anfitrión:

-No le va a decir nada ¿verdad?

-Yo no digo nada nunca, es usted la que se escucha a través de mi voz. Y lo mismo hace él.

-Tengo que hablar con él. Pero no sé cómo.

-No piense. Sienta. Reviente. Abra de un tajo el estómago de la serpiente que la ha tragado.

-Usted está loco. Pero tal vez tenga razón.

-O tal vez no. De todas formas, yo no tengo nada que ver con el asunto.

Y antes de que María de los Ángeles desapareciera en la oscuridad del pasillo, El Anfitrión le gritó:

-Usted tiene un don. No lo desperdicie.

Capítulo 17

17

Viernes 6 de Julio de 2007

-Vino a buscarte el colorado. Quiere guerra el sábado.

-¿Y por qué no vas?

-Te quiere a vos. Me dijo que está enamorado de vos.

- Todos mis clientes están enamorados de mí.

Se rieron. Irene casi lo había dicho en serio. Sonó el teléfono. Atendió Katty.

-Diga... Ya te paso – tapó el tubo con su palma y se lo estiró a Julia -. Para vos; El negro Cara De Piedra.

El Negro Cara de Piedra era inmutable. Parecía que no gozaba mientras cogía. Si preguntaba lo hacía con indiferencia. Eso le gustaba a Jenny. Irene podía ver los ojos brillantes de su amiga Julia mientras quién sabe qué chanchadas le decía Cara de Piedra a través del teléfono. Después de una risita lanzada por su amiga, a Irene quizo ponerse a trabajar; manosear las figuras de papel; pegotearse las manos con Plasticola. Podría jurar que no tiene nada en la cabeza. Pero ¿qué eran esos ataques de creatividad que le surgían cuando dos personas se relacionaban, aunque sea por teléfono? Y aunque no tuviera nada en la cabeza, el collage dejaría ver la boca de una mujer, que podía ser la de su amiga, sellada con cinta, a punto de besar la de un hombre, que podría ser la del Negro Cara de Piedra. Está bien que lo comenzó, pero no lo terminaría sino el sábado, unas horas antes de ir al zoológico, puesto que primero quería acabar el collage que había empezado en la mañana. Su dama antigua de la revista Anteojo, refulgente, dibujada como para un niño y abanicándose, esperaba que la serpiente sea encontrada en la revista de ciencia, que Katty acababa de recoger, camino a casa desde lo de su cliente. Un cliente extraño. Conocía los cuentos aquellos pobres diablos que quieren un abrazo y que se acuesten a su lado nada más que para sentir que una vida con otra mujer que no sea su esposa sería más feliz que la que tiene. Pero, este tipo la había llamado y le había pagado el

doble, para que se quedara sentada en una silla mientras escribía.

En la puerta había un papel escrito y pegado con cinta scotch.

ENTRA Y SIÉNTATE EN LA SILLA.

Empujó la puerta y en el interior se veía una lamparita, pendulando de sus cables en el techo. Cientos de bollos de papel en el piso, la silla cerca de la ventana y enfrentada a un escritorio donde un hombre, con una bolsa de papel madera que cubría su rostro, escribía sin cesar. Lo demás, era la nada; paredes blancas peladas. Al verlo, Katty sintió un escalofrío recorriendo su cuerpo. Entró y se dirigió hacia la silla. Sobre el respaldo había otra nota con indicaciones.

SIÉNTATE Y NO DIGAS NADA. EN EL SOBRE ESTÁ EL DINERO.

Efectivamente, sobre la silla había un sobre con billetes. Hizo lo que decía la nota. Miró las paredes blancas, pensó que faltaban algunos cuadros para decorar. Miró al hombre de la bolsa en la cabeza. Ni bien, delineaba un par ideas, arrancaba la página del cuaderno Gloria y la hacía un bollo, para lanzarlo al piso, sin ninguna preocupación de dónde caía. Katty, no sin nerviosismo, trataba de entender qué tipo de fetiche era ese. Y cuando comenzaba a aburrirse, ya pensando que un poco de música no estaría mal, se le ocurrió preguntarle si podía ver lo que escribía. El ruido sordo del papel madera al alzar la cabeza y el levantar de una mano, fue suficiente para que Katty no pudiera decir palabra. Quiso tomar un bollo del piso, el que estaba más cerca de sus botas, pero aquel hombre, se paró y lo recogió antes.

Después de una larga hora de espera, de sólo ver como el hombrecito escribía con su lápiz, sin llegar a ningún lado, cuando casi el cuaderno no tenía hojas, se levantó por segunda vez y se dirigió hacia ella. Pegó un nuevo cartelito, ahora sobre sus pechos, el único contacto físico que tuvieron, Y volvió luego volvió a su incesante escritura.

TIEMPO. VETE.

Todo esto la dejó confusa. Había ganado más dinero y sin tener que entregarse, pero se sentía estafada, a pesar de los billetes que sobraban. Se sintió sometida como nunca, humillada de una forma que quizás sólo El Payaso se hubiera atrevido a hacerle sentir. Después se olvidó del asunto, pero volvió mientras cortaba la serpiente que parecía enroscarse en sí misma y la pegaba sobre la dama antigua.

Capítulo 18

18

Miércoles 11 de Julio de 2007

Nadie pensaba en el muerto. El Cura decía las cosas de los velorios, pero pensaba en el frío que hacía, y en la suerte que había tenido el hombre en ser enterrado un día como ese, con un cementerio pintado de blanco. Raquel pensaba en las lágrimas del dolor que dejaba caer de sus ojos, como si fueran la estela que había dejado esos años de masoquismo junto a su marido. Samanta pensaba cómo decirle a El Payaso que la relación estaba terminando. El Payaso estaba preocupado porque nadie se enterase del crimen que había cometido. Los demás eran títeres que venían a decorar el entierro de un militar, en el frío cementerio militar, de lápidas frías y monótonamente alineadas.

La nieve entumecía los pies. Un invierno malo en el averno bonaerense. El Payaso no podía ver a Samanta sin pensar en cómo no decirle que él había matado a ese milico que tenía por padre. La amaba tanto que no podía ocultarle nada. Cuando ella lo miraba él corría sus ojos hacia la tumba, para que no adivinara sus pensamientos. Pero inconscientemente (después lo analizó junto con el Espíritu de su amigo), en sus ojos, que trazaban una línea desde los ojos de Samanta hasta la tumba, y que luego mostraban una aflicción poco usual, tal vez la culpa, quedaba bien marcada la negación de los hechos. Absurda negación, que, si Samanta no la notó, es porque ella hacía lo mismo. Lo miraba y luego corría la vista hacia la tumba de su padre, mostrando que todo había terminado. Un juego extraño de inconscientes en que lo único real era las distancias que marcaban, sus pensamientos ajenos y sus silencios.

Capítulo 19

19

Domingo 8 de julio de 2007

El Hombre de Seguridad le había aplicado el antídoto, pero parecía que no le había hecho efecto. Katty seguía agonizante en el cuarto de servicio del serpentario, después de haber recibido una mordida de la serpiente que había recorrido su cuerpo. Eran pasadas las nueve. La boletería estaba abierta ya, y aunque un día como ese mucha gente no venía, alguien siempre quería ver a los animales agonizando en sus jaulas.

Se las había rebuscado para terminar su turno y en vez de volver a su casa, escabullirse como una rata dentro el serpentario para asistir a Katty, pensando cómo sacarla de ahí, llevarla a un hospital e inventarse una historia que no comprometiera su trabajo. No tenía tiempo para sentirse culpable; culpable de haberse dejado convencer por la prostituta para tomar una serpiente y dejar que se paseara por su cuerpo desnudo; culpable de haber tomado una serpiente venenosa en vez de una inofensiva pitón. No tenía tiempo para sentirse culpable ni estúpido. Katty seguía tirada, delirando, con un sudor frío que le cubría la frente. Se arrodilló junto a ella y le secó el sudor con su pañuelo.

-No te preocupes, todo va a salir bien, mi amor.

No obtuvo más respuesta que cierto espasmo. Luego escuchó que alguien entraba en el serpentario. Sin pensar salió a hacer frente a la situación. Una pareja quería entrar. Tuvo que improvisar; decir lo primero que se le vino a la cabeza. Dijo que las serpientes estaban en época de apareamiento, que no se las podía molestar. La chica, como una nena caprichosa se puso hacer un berrinche. Y el payaso de su novio, la arrastraba hacia la puerta pidiendo disculpas.

Samanta es una persona que no para hasta conseguir lo que quiere. Por eso, un par de meses después, cuando quiso que El Payaso se enojase con ella, la odiase, llorase, sin conseguirlo, todo lo buscado se le dio vuelta y terminó ella odiando a El Payaso. En este caso, la idea de ver a las víboras, y más aún la prohibición de ello, la hicieron buscar una manera de colarse. Por detrás del serpentario había una puerta que lleva al cuarto de limpieza, que tenía otra puerta que llevaba al salón principal.

A El Hombre de Seguridad se le vino la idea loca de llamar a María de Los Ángeles, para que lo ayudara. Pero primero tendría que encontrar a la serpiente que andaba suelta por ahí adentro, si es que no había salido; eso sería una gran tragedia. Había cerrado con llave la puerta principal del serpentario después del episodio con la pareja. Pero se había olvidado de la del cuarto de servicio, donde estaba Katty, y que comunica al exterior. Y mientras se dirigía a cerrarla, marcaba en el celular el número de María de los Ángeles.

Afuera, El Payaso forcejeaba con Samanta para que entrase en razones. Habían rodeado el edificio hasta dar con la puerta de servicio. Con El Payaso aferrándole el brazo para que no avanzara le dijo:

-¿Me querés?

-Te amo –respondió él mirándola a los ojos. Y no hizo más falta palabra alguna. La soltó y dejó que Samanta entrase en el cuarto. Cuando la vio retroceder unos pasos, se acercó. Samanta quedó como paralizada ante lo que sucedía ahí adentro. Entonces El Payaso no dudó en entrar.

El Hombre de Seguridad bajó el brazo con que sostenía el celular. Por el audífono se escuchaba la voz de María de Los Ángeles:

-Hola... contestá... Hola... ¿Pasa algo?

-¿Quién es, Mari? –preguntó El Fulano desde sillón del living de su casa.

-Hola...

-¿Quién es?- Volvió a preguntar el Fulano, viendo la cara de preocupación que ponía su mujer-. Mari ¿Quién es?

-Mi amante.

El Hombre de Seguridad miró a El Payaso que no entendía qué sucedía. Después miró a Samanta que se había acercado. La joven y el colorado de seguridad clavaron sus vistas como hipnotizados, como lechuzas, en busca de hallar qué los unía. El Payaso se acercó a Irene. La reconoció en el acto, aunque los años habían pasado y se veía totalmente distinta. Irene giraba los ojos en estado febril. Estaba pálida, flaca, sudorosa. Se acercó, se arrodilló a su lado, la miró.

-Irene. ¿Qué pasó?

Ella no respondía. Entonces él la tomó de la nuca, levantó su cabeza. La acarició suavemente y la miró a los ojos y ella lo miró a los ojos, como perdiéndose en las pupilas del otro.

Capítulo 20

Segunda parte

Voy al Coliseo a prenderme fuego
I.S.

1

Una sala de partos. El calendario marca una fecha del año 1983. Hay mucho humo en el ambiente proveniente de los nerviosos cigarrillos que fuman los presentes: payasos sobre zancos. Uno de ellos hace malabarismos con antorchas. La criatura ya está llorando en brazos de un doctor californiano. El grito del niño se apaga como si se estuviera ahogando con su propia saliva. Ahora la madre comienza a gritar, desde un silencio profundo que aturde, hasta colmar todo el hospital con su horror. Toma aire y vuelve a gritar de la misma forma. EL death metal es así. Grito y velocidad. Como un auto en una carretera solitaria a mediodía. Un grito exagerado, el rugir de una máquina a punto. Un punto en esa carretera que se va agrandando junto con la música metal. El payaso que maneja puede ver, al frente y por el retrovisor, la misma la carretera desierta. A los costados, campo y algún rancho perdido. Cerca de una tranquera queda clavado un cartel escrito a mano alzada, con pintura blanca y fondo madera que dice: VENDO VACA HOL ARG.

Capítulo 21

2

Martes 4 de abril de 2006

Y él la miró a los ojos y ella lo miró a los ojos. Y se miraron a los ojos como perdiéndose en las pupilas del otro, mientras el cura hablaba.

Si bien El payaso no era un hombre creyente de Dios, ni de La Santísima Trinidad, había hecho el esfuerzo de ponerse un traje con corbata y plantarse en una iglesia esperando que su novia entrara por la puerta de la capilla, con su vestido blanco, de cola percutida por el polvo de las calles de tierra. Junto a él, su madre, Rosa, le arreglaba la corbata y le regalaba una sonrisa. Él se la devolvió y miró, inquieto, la hora en su reloj de bolsillo. Irene siempre se tardaba. Eso lo ponía nervioso. Odiaba esperar; esa maldita desconexión del tiempo con el deseo. Pero cuando uno está enamorado hace cualquier cosa por la persona que ama. Regalos, mentiras, casamiento y espera. Nunca había tenido valor de recriminarle nada y ella tampoco. Eran mudos que se desvestían y ciegos que se besaban. Y luego cuando se comenzaba a acostumbrar a la espera, la marcha nupcial surgió de la nada, moviendo a la novia hacia el Altar, del brazo de su Amigo del Alma; que había accedido a ser el padrino. En los bancos de duro quebracho, se podían ver como algunos lloraban y otros sonrían. Y el Milico que miraba seriamente la escena desde el fondo, casi en penumbras, a la luz de la vela de San Benito. El Payaso alcanzó a ver a aquel desconocido militar y se preguntó, quién era Samanta, con esa naturalidad de las preguntas insignificantes y sin sentido, que desaparecen al instante por la próxima acción y la cara de El Amigo del Alma a punto de entregarle a la novia, y que no se llega ni a pensar si es un error de la configuración del mundo.

-...

-Equivocado...-contestó el Hombre de Seguridad al llamado telefónico sin dejar de mirar a aquella pendeja, preguntando qué los unía, a parte de su padre hospitalizado.

-Boludo.

Cortó y miró al doctor. Éste lo miró a su vez, con su cara de piedra y El

Hombre de Seguridad sintió la necesidad de aclarar.

-Un chistoso, que se equivocó de gallinero.

-Acompáñeme al consultorio- continuó el Doctor después de un breve y vacío silencio; siempre con su cara de piedra.

Salieron de la habitación donde estaba su padre. El ambiente lo ponía nervioso. Ese olor a sanidad todo el tiempo, que enferma las fosas nasales. El blanco mohoso. La desquiciada pediatría, la insensible ginecología. Los ancianos, sus jorobas, sus bastones. El repugnante olor odontológico, la maquinaria pasada para la vista y los fondos de ojo. Las letras de un recetario.

-Es un caso terminal -dijo el doctor Cara de Piedra.

-Sí, ya lo sé, doctor ¿Pero cuánto tiempo?

-No se podría decir a ciencia cierta. Siguiendo los tratamientos al pie de la letra...

Unos gritos llegaron al consultorio. El Hombre de Seguridad, al reconocer esa voz, salió y fue directo a allá, a la habitación donde su padre se hospedaba, dejando resonar una puteada que el Doctor Cara de Piedra dejó pasar por alto. Y allá estaba la enfermerita, luchando por tomar el brazo de su padre para cambiar el suero. Sonrió al recién entrado y volvió al combate. Sentía una especie de atracción extraña por aquella pendeja bajita, de ojos marrones, pelo lacio. Sin embargo, algo le hacía pensar que era demasiado dulce para ser ella. Como que algo no concordaba. Se la pudo imaginar en el zoológico armando un escándalo. Pudo imaginarla queriendo domar una pantera negra y ésta la devoraba. Y en milésimas de segundo se preguntaba de dónde la tenía. A veces sucedían esas cosas. Se le mezclaban ideas. Como si algo que no pasó, pasó. Siempre hay un disparador que le provocaba este tipo de desorden. Meses después le pasaría lo mismo cuando Samanta usaba en una frase la palabra circo.

María de los Ángeles trataba de que le contesten detrás del tubo. Terminó cortando.

-¿Quién era?

-No sé. No me contestaron.

-¿No sería tu amante? -dijo el Fulano con cierta sonrisa y se acomodó en el sillón del living, dejando su brazo sobre el respaldo, invitando a su novia a sentarse en ese hueco entre el apoyabrazos y su cuerpo.

-Mi amor -respondió ella acercándose decidida e insinuante -, como me gustan esos celos.

Se acurrucó en el abrazo del hombre y lo besó en la boca. Tan poco enamorada estaba de ese tipo que podía besarlo y ni siquiera sentir la menor cosquilla. Y sin embargo, estaba atrapada por un atraso. No había vuelta atrás, su vida se derrumbaba en un alud que le crecía en el vientre. Sólo un milagro de Dios podía salvarla de esa catástrofe. En el mejor de los casos, ese hijo no era de El Fulano, y así, si su valentía se lo permitía, un día le daría la noticia dolorosa y al fin se libraría de ese obtuso pedazo de cerebro enamorado. Sí, ya se imaginaba la situación: "Estoy embarazada" Y él, primero poniendo cara de sorpresa, luego dejando que se vaya dibujando la sonrisa hasta convertirse en un obtuso pedazo de cerebro alegre, la abrazaría y la besaría, con más ganas que en ese preciso momento, y le propondría matrimonio. Entonces: "Pero no es tuyo". Y él, primero usaría una goma de borrar para sacarse la sonrisa, después un silencio de un obtuso pedazo de cerebro afectado, para terminar diciendo: "Yo me hago cargo de todo, mi amor". La puta que te parió, cómo decirte que no te quiero.

Cuando terminó de besarlo lo miró a los ojos y calló una vez más. Y él con esa sonrisa trazada con Jovi rojo, le preguntó si ese sábado se iba a juntar con las amigas. Ella le respondió que recién empezaba la semana, que hoy se quedaría con él toda la noche, y que el sábado vería qué hacía. Reservó para sí, el saber qué no lo pasaría junto a su novio.

Capítulo 22

3

-Señores, para que esta historia concluya, hay catástrofes que deben ocurrir. Si no ocurren, jamás morirá la historia. Claro, que el Destino, si lo hay, no deja cosa sin cerrar. Pero no podemos arriesgarnos a que el Destino actúe. Nosotros mantenemos el control. Nosotros somos el control. Sabemos que hay seres peligrosos, que saben más de la cuenta. Lo que necesitamos, señores, es un cabeza de turco y un par de perejiles que hagan el trabajo sucio.

-Eh, yo había pensado en Cara de Piedra.

-Lo anoto, señor.

-Sí, puede ser. ¿Y por qué no ese militar?

-¿Cuál, señor?

-El Milico, ese.

-Eh, me parece demasiado recto, para estas cosas.

- Puedo garantizar que su rectitud la siente su mujer. Aquí o allá, siempre estuvo sometida a su sadismo. Pero no teman, señores, todo se puede arreglar.

-Lo anoto, señor.

-Eh, pero a todo esto, ¿de quién hablamos?

-Señores, les presento a nuestro Objetivo- Proyecta la imagen del candidato.

-Pobre tipo... Eh... yo creo que es posible. Sin embargo, eh... A veces pienso que no tenemos tanto poder como creemos.

-Es sólo cuestión de fe.

-Eh, sí, sí. Pero...

-Pero nada. Señores, manos a la obra, tenemos que trabajar.

Capítulo 23

4

Jueves 21 de diciembre de 2006.

Con un inocente capricho, Samanta quería ir al circo que habían montado en su barrio. Gente extraña le resultaba la del circo, viajando con su hogar a cuestas como divertidos caracoles. Siempre había sentido cierta atracción por los payasos. Desde chiquita. Una atracción rara. Una especie de cosa que lindaba entre la gracia, la pena y el poder de hacer con esos tipos lo que se le cantaba las bolas, si es que las tuviera. Era extraño realmente. Sentía que los conocía de otro lado. Pero no era eso realmente lo que le había llamado la atención. El cartel pegado en el poste anunciaba "El espectacular debut del payaso más joven del mundo".

Había invitado a El Hombre de Seguridad del zoológico. Un buen tipo que conoció en la clínica en la que había trabajado ella, y que, sin darse cuenta, se habían hecho amigos. Hacía como un año que cuidaba a su padre. Lo veía siempre medio dormido en la silla de una habitación, con una cara amarga que no podía corresponderle a un colorado que cuida la entrada de un zoológico. Pero era simpático, sabía sacarle una sonrisa.

-Detesto las clínicas -le dijo el hombre un día de julio en sus primeras charlas, o mientras Samanta le cambiaba los pañales a su padre-, es como el zoológico. Si cobraran entrada...

Ella largó una risita.

-¿Quién sería tan patético de pagar por ver enfermos?

-Quizá un enfermo que quiera ver algo en peor estado que él mismo. ¿Vos sabes por qué la gente va al zoológico?

-Para ver a los animales.

-Sí. ¿Pero por qué?

-No sé.

-Para comprobar que son superiores a ellos. Muchos se llevan una terrible decepción.

Samanta volvió a largar una risita. Él la quiso invitar a tomar algo al bar, pero ella se negó con la excusa del frío y de no poder enfermarse. Dejaba

bien en claro que le temía. No era un tipo al que temer, pero Samanta siempre había tenido problemas para tratar con los hombres. Sí, hasta le habían llegado a decir que era una histérica de mierda. La histeria es una enfermedad muy útil para un hombre que se quiere acostar con una mujer y ve sus deseos frustrados. Ella prefería el amor.

Esa noche, la primera del verano, la más corta para el resto de los mortales que viven en el hemisferio sur, sentado en la silla dentro de la garita, El Hombre de Seguridad se ve escribiendo el nombre de Samanta sobre el diario del día anterior. Pensando, especulando que la pendeja dormía. Y deseando que ya fuera sábado para poder estar a su lado, al menos sentado a su lado en una butaca de circo. Expectantes al show del payaso más joven del mundo o no sabía qué. Y se imagina una vida de casado con esa piba, y luego recae en las agujas del reloj, entonces sus sueños se ven frustrados porque trabaja de noche. Con ese horario, ella jamás lo querría. Se imagina el casamiento, ella entrando en la catedral con su vestido de novia al lado del padre con un frac que poco le favorece. Y él no la puede ver porque se durmió parado en el altar. Trabaja de noche. Sí, podía dormir porque nunca pasaba nada en el zoológico, pero con la emoción de juntar su vida con la de Samanta no había podido cerrar un ojo. Entonces él se despierta y ve llorar a Samanta con esos ojos hermosos. Pero para ello, para verla llorar por él, primero tenía que besarla. En el bar de la esquina, al cual la invitó por segunda vez y ella aceptó con un afirmativo "dale", no fue posible por dos razones. Una, la que creía el Hombre de Seguridad, era que el juicio, y la prudencia, ante todo, hacía que él pensara que todavía no era tiempo, cuando las cosas estuvieran más afianzadas no habría mayor resistencia. Otra, la que ignoraba el Hombre de Seguridad, es que Samanta realmente no deseaba un beso de aquel, y se entretenía escuchando sobre los animales salvajes. Él la veía, su cara de asombro, como haciéndose más chica de lo que era. Sintió celos de los orangutanes, de los leones y de las cebras. Y cuando salieron del bar, el deseo de tomarla de la mano era casi insuperable, casi.

Samanta había dicho "dale" a la propuesta de tomar un café en el bar de la esquina, por dos razones. Una, la que Samanta creía, era que el Hombre de Seguridad era un buen tipo y el "dale" salió espontáneamente. Otra porque no tenía nada más que hacer que ir a su casa y ver a sus padres pelear. Y tan espontáneamente como el "dale", si al salir del bar después de un ameno rato escuchando hablar de animales salvajes, él la hubiera querido tomar de la mano, ella se hubiera dejado. Sí él hubiera quería besarla ella no se hubiera negado. Ahora, se pregunta por qué no lo besó ella. Sentada en su cama, con un camisón que no tapa medio muslo, siente deseos de comer. Se pregunta qué estará haciendo El Hombre de Seguridad en este momento. Según él, duerme porque el zoológico es tranquilo, no hay nadie. ¿Y si lleva a alguna amiga o una prostituta? No, él no es así. Hace poco que lo conoce, pero sabe que no sería capaz. Pero si no la había besado sería porque no lo necesitaba.

Sintió celos de las prostitutas.

Así, esa noche, la más corta del año, se estiraba para ambos, celando a las bestias y las prostitutas; comiendo un helado de chocolate y escribiendo un nombre ajeno sobre el diario; deseando que ya fuera fin de semana para verse.

Capítulo 24

5

Lunes 4 de Diciembre de 2006

Irene a veces pensaba qué era lo que la atrajo hacia ese amor que era El Payaso. ¿Eran las palabras de amor? ¿Era la palabra amor que El Payaso había pronunciado un día? Si alguna vez se divorciaba de ese hombre se quedaría sola para siempre. No por el hecho de haber jurado ante un cura amarlo y respetarlo y ser fiel y todas esas cosas; eso había sido pura formalidad y para demostrarle a los demás lo qué iba a hacer de su vida. Hay cosas que pasan sin premeditar y uno avanza por esos caminos casi a oscuras, apenas viendo la luz del farol en las escaleras circulares de un viejo edificio que es la pareja. Pero puede ocurrir que esa persona, en la que confiamos nuestra vida y nuestro rumbo, vire por otra senda y terminemos perdidos en el medio de la nada, cayendo en el vacío que contornea la baranda. Uno nunca sabe hasta que punto ese farol tendrá kerosene quemándose.

En cierta forma, Irene pensaba que sin la luz de El Payaso no podría seguir. Sin embargo, pensar en la muerte de El Payaso, con la extinción de su luz, era distinto. Ella estaría libre de encontrar otro farolero que la guíe.

Su marido roncaba. ¿Los ronquidos son como la alarma que indican que las cosas se están enfriando aún con estos calores? Porque hacía calor, a pesar de que el verano todavía no había llegado. Los calurosos insomnios hacen que una se pregunte estupideces. Hace apenas media hora él estaba sediento de pasión. Ahora dormía tranquilamente, como olvidando lo que había pasado. Olvidando. ¿Se olvidaba de ella? Nadie olvida al que ama. Está durmiendo. ¿Ella lo olvidaba? No, sólo se daba vuelta, mirando la puerta de la habitación y se dormía después de haber hecho el amor aunque sea una sola vez en esa noche. Tampoco se olvidaba de los tipos de los cuales se había enamorado, o de los que por lo menos había tenido sexo, que no eran muchos, sólo un par cuando ella y El Payaso habían cortado la relación, o como a él le plació decir: se tomaron un tiempo. ¿Las putas también se acuerdan de todos los tipos que le pagaron para acostarse con ella? Y piensa que lo que sella el recuerdo son los besos. Por eso una prostituta no se acuerda de todos los tipos ¿Qué hubiese sido de su vida si fuese una puta? Quién sabe si no lo fue. Irene creía en las reencarnaciones y en el Karma y el Dharma y en el Kama Sutra. Y sintió una viborita recorrer su cuerpo y sabía que era tiempo de acariciar a su

esposo, besarle la oreja, y volver a hacer el amor.

El Payaso nunca había estado solo. Hasta en los sueños volvían sus amantes. Tampoco jamás le había escrito un poema a nadie, ni siquiera a su esposa que la había engañado con un poema compuesto de rejuntes de versos de otros, como un collage recortado de libros de poetas muertos. Podía quedarse con la idea de que en cierta forma era un nuevo poema, pero no era tan crédulo. Y esa noche, en que una estúpida vino a arrebatarse su vida con una noticia falsa, decidió: una, no ser más infiel a nadie, y dos, escribir sólo por Irene. Desde ese entonces, los papeles rondarían por toda la casa desierta, tirados en el piso. Hechos bollos o avioncitos. No sabrá cómo empezar el poema. No sabrá o tendrá miedo. Como si tuviera dentro del estómago de una boa y lo moliera enroscándose contra un árbol.

En aquella madrugada de diciembre, cuando María de los Ángeles, tocó el timbre, El Payaso e Irene ya estaban haciendo el amor. Hacía calor. El ventilador de techo que chillaba no era suficiente. Ella no quería interrumpir el coito. Pero los timbres le provocaban a él, cierta cosa de alarma. No pudo omitirlo. Luego se arrepentiría. Se puso la bata; ella también. Y aún con la erección abrió la puerta.

No pudo reconocerla al instante. Estaba más gorda que hacía diez, once meses atrás. Ella le regaló una sonrisa amarga. Y preguntó si podía pasar. No hizo falta que se dijera nada. Tan sólo destapar al niño que dormía fue suficiente. ¿Cómo negarlo? Era idéntico a El Payaso. Las mismas facciones; el mismo gesto, aunque quizá un poco forzado.

Irene no dijo nada, se fue a la habitación y comenzó a hacer sus valijas. Se olvidó lo que había pensado hacía media hora mientras El Payaso dormía plácidamente. Irse del pueblo es lo único que le quedaba por hacer.

Cuando llegan los otoños uno comienza a recapitular su vida y se da cuenta que lo único que le queda es dejar que las hojas caigan. Los otoños son como el fin de las cosas. Uno se acuerda lo que hizo en verano, en primavera, e incluso en invierno, pero se olvida lo que hizo en los otoños. Y cuando lo recuerda se arrepiente de lo que hizo.

Cuando en marzo, de ese mismo año, había dado la noticia de su casamiento, la gente que lo rodeaba no dudó en la despedida de soltero. Se reunieron en una casa y trajeron putas. El Payaso se negó, por primera vez a tener sexo con prostitutas. Un cierto remordimiento de culpabilidad lo hizo actuar así. La fiesta se agitó. Lo desnudaron, lo pusieron atado en la cama del propio Anfitrión, el cual se quejaba de que no arruinasen el acolchado, y metieron a una puta. No hubo caso. El Payaso no quería estar con nadie que no fuese Irene. La muchacha pidió su plata y ofendida

se quiso marchar inmediatamente.

Y María de Los Ángeles, que era amante de El Anfitrión, cayó esa noche por ahí. Con más gracia que celos preguntó que era todo esto. Le explicaron la situación, incluyendo la abstinencia que llevaba El Payaso. Ella se ofreció a romper con eso. El Anfitrión no vio ninguna oposición a eso, pero eso sí, primero cogía con él. Se hicieron apuestas de grandes sumas de dinero a que sí lo lograba y a que no. Los que tuvieron fe en María de lo Ángeles doblaron sus billetes.

Los paraísos de la vereda de enfrente, se iban pelando, dejando caer sus hojas al vacío, como llorando. Detrás de la puerta había gritos y risas, humo de tabaco, olor a alcohol. María de lo Ángeles terminó su gin-tonic y revoleó la copa al suelo. Sin decir una palabra se sacó la ropa lentamente, dejándola caer como si ya no pertenecieran a esa estación.

Capítulo 25

6

Martes 28 de Noviembre de 2006

María de los Ángeles tomó otro vaso de cerveza y comenzaba a preguntarse si ya no era suficiente, suficiente para un sábado de noviembre del '96. Y aunque uno no piensa demasiado cuando está en pedo, ella pensó eso: es un sábado de noviembre. Con lo cual sintió que podía tomar un poco más.

Le agarraron ganas de hacer pis. Le dijo al pibe con el que se estaba besuqueando desde hacía un rato, un pelirrojo con acné, que iba al baño. El Muchacho no respondió; tal vez no le interesaba demasiado que la borrachita se quedara junto a él, tal vez ya estaba empalagado de esos besos, o aburrido de que sean nada más que eso. La morocha estaba buena, buenas sus piernas, buenos sus pechos. La vio levantarse del sillón e irse tambaleando y chocándose a otros no más desalcoholizados que ella. Un chorro de cerveza voló, aterrizando en la espalda de El Fulano, un amigo, que no dio señales de molestia. Un amigo con el cual se pondría de novio. Pero eso sería en un tiempo futuro, no ese noviembre del '96.

-Ya vine –dijo María de los Ángeles al volver al sillón.

-Sí. Ya te extrañaba –respondió el pelirrojo con ironía.

Volvieron los besos y los abrazos. La música tapaba el ruido que producían los labios sopapeados y la mezcla de saliva. Música que no dejaba de golpear, rítmicamente, repetitivas negras, una y otra vez, y se mezclaban con melodías simples de instrumentos sintéticos que se repetían como lo hacían los golpeteos. Era como si la música fuera eterna, sin tiempo, porque no se podía saber en qué parte del tema pasaba el láser de la compactera en un preciso momento.

María de los Ángeles sintió que una mano entraba por la remera. Estaba fría aquella mano, que invadía su espalda, sin más fortaleza que una tela de algodón. El escalofrío que recorrió su cuerpo se lo hizo saber. Pero la mano no paró, no estaba dispuesta a concluir su expedición. La mano pasó de la espalda a la cintura y se frotó contra ella como queriendo calentarse. Todo era tan confuso en aquel sábado de noviembre del '96,

que no tenía ganas de pensarlo.

La mano ya estaba tibia. Sus dedos casi en forma independiente de los demás se abrían y se juntaban en la cintura, como queriendo y no queriendo escaparse a otro lugar del cuerpo de María de los Ángeles. Y al fin se decidieron, o la mano les ordenó que avanzasen hacia la panza, aunque a veces volvían a la cintura. El cuerpo no entendía muy bien lo que pasaba. Había algo que parecía estar mal y se sentía bien a la vez. No era el hecho de que un pibe la toqueteara, eso no era algo desconocido. Pero algo había. La música pareció cambiar, o no; María de los Ángeles no podía precisarlo. Pero entre los sonidos que la componían había algo distinto. Eso es lo extraño de la música electrónica: No se precisa nada de nada.

Y cuando dejó de pensar en la música y se dio cuenta de lo que pasaba, María de los Ángeles abrió los ojos, y sus labios se despegaron de los otros, y los brazos apartaron del otro cuerpo. El muchacho sacó las manos de los pechos y la miró exhorto.

-¿Qué pasa?

-Qué pasa. Me estás tocando las tetas.

-¿No te gusta?

-Pará, loco, qué te pensás, mirá la gente que hay.

-Acá nadie te ve, la única que ve sos vos.

Y quiso volver a la tarea de besarla, pero María de los Ángeles lo apartó y se levantó como pudo. Se perdió entre la gente ciega.

Nadie la veía. No sabe hasta que punto la afirmación hecha por un pibe colorado hacía diez años, era correcta. Ya nadie la veía desde que quedó embarazada. Incluso El Fulano, que tanto la había amado, se había marchado al enterarse del embarazo, o mejor dicho, la había obligado a ella a marcharse de la casa. Y había quedado sola, casi sola. El Anfitrión le abría la puerta y la daba comida a cambio de su don, pero su don decrecía inversamente proporcional a su vientre. Desde su embarazo todos se pusieron anteojos negros y agarraron su bastón con un gesto despectivo. Sólo faltaba que su hijo naciera ciego para confirmarlo. Nació ciego. Lo mira con cariño y con desprecio. Se ha quedado sola para siempre. Lo mira con cariño y observa esa roja naricita. Podría haber jurado que en el parto no era tan roja y su semblante menos payasesco. Pero los partos engañan, por eso de la sangre y la placenta y los gritos y los llantos y el cansancio del trabajo de dar a luz a una criatura, y la angustia de estar sola y en la calle. Pero cuando la dejaron ir a ver a su bebé, detrás de los cristales de una incubadora, pudo resolver ese acertijo en el que alguna

vez había incursionado. Y ya no quedaban dudas de quién era el padre. En una despedida de solteros pasan cosas que luego se olvidan. Y mejor no sacarlas a la luz porque se pudre todo.

En esos días, en los que había nacido el niño, Samanta había dejado su puesto de enfermera después de ayudar en una cirugía estética que le pareció tan poco ética, hasta incluso ilegal y con cierta mala praxis. Pensó que así se alejaba de la corrupción, de los tejes y manejes de seres superiores. Y ya no sólo no era una doctora médica, como siempre había soñado, sino que tampoco era enfermera activa. Se sentía tan mal y su padre en El Cairo. Necesitaba sus palabras, las del hombre más recto que conocía, de una moral intachable, amante de la ley y el orden; un hombre que entendía lo que es el deber y que por el deber era capaz de ausentarse de su hogar y sus seres queridos en una misión secreta. Misión que duraba ya más de nueve meses, en los que Raquel, la esposa de El Milico y madre de Samanta, había conocido la paz. Pero ahora Raquel, que había recibido un telegrama con una invitación al Cairo para estar cerca de su marido hasta las épocas navideñas, cuando se daría por finalizada la misión, sentía una exaltación parecida a la euforia, y toda la casa estaba revuelta, entre todos los preparativos del viaje, las pirámides y El Nilo. Los empleados domésticos iban de acá para allá, Raquel no soltaba el teléfono llamando a sus amigas para presumir las buenas nuevas. Nadie en la casa veía a Samanta, nadie prestó atención a la indignación que sentía.

Encerrada en su habitación, Samanta, miró el celular. Necesitaba hablar con alguien y marcó el número del El Hombre de Seguridad. Este le respondió con un Hola y luego le preguntó cómo andaba. Ella dijo que maso; que había renunciado. El asombro, la angustia, el miedo de no verla más... las golondrinas parten en otoño, pensó. Las golondrinas parten en otoño al hemisferio norte. Samanta seguía en la línea pero estaba al norte y El Hombre de Seguridad al sur, desconectado del mundo, del primer mundo que era Samanta.

-¿Hola? ¿Estás ahí?

Hello? Are you there? Dialogaban en idiomas diferentes, como dialogan un cisne y un pavo real.

-Hola ¿Me escuchás?

Hello. Do you hear me? Hear sí, pero Escuchar no. Pero igual respondió que sí.

-Me gustaría que nos viéramos ¿Dónde estás? Es que no puedo explicártelo por teléfono.

I would like to see each other. Where are you? I can't explain it over the phone.

-Estoy llegando al Surlógico –dijo El Hombre de Seguridad.

-Voy para allá.

I go for there. I go for south. Your south. Entonces ella vendría al surlógico y sur corazón latiría a mil kilómetros por hora, como un avión. Desde el norte, la golondrina volaría al zoo. Entonces no estaban en otoño, sino en primavera, 28 de Noviembre, y los osos no se metían en sus cuevas.

-Pero es tarde, tu vieja...

-Mi mamá vuela al Cairo esta noche.

My mom flies from The Cairo... This night.

-This nighth –suspiró el Hombre de seguridad –Vení cuando quieras.

I go for there.

Capítulo 26

7

Martes 13 de diciembre de 2005

From : The Mayor

Titre : TOP SECRET. Operación Kill Clown

A continuación paso a hacer entrega del procedimiento a seguir en la operación Kill Clown:

Objetivo: El Payaso (adjunto ficha EXP 152687P),

Misión: Exterminio del objetivo, de apariencia accidental, de aquí a 12 meses.

Seguimiento del objetivo las 24 hs.

María de los Ángeles (adjunto ficha EXP 2563500M) deberá ser fecundada. No es importante quién será el padre biológico. Pero debe tener sexo con el Objetivo en los días cercanos a su fecundación.

Una vez nacido el niño, se deberá secuestrar el tiempo justo para sometimiento a cirugía estética basada en la fisonomía del objetivo, y se devolverá a su madre sin que se entere de dicha operación. Esto es vital, puesto que no deben haber dudas de la paternidad.

Por lógica, María de los Ángeles acudirá al Objetivo para darle la noticia.

María de los Ángeles, deberá ser inducida para que el niño trabaje en el circo. Para asegurar este paso, se la deberá llevar a un estado de indigencia, en la cual le sea sumamente necesario recibir el dinero por el trabajo del niño. Esto involucra, el alejamiento de su esposo, el Fulano (adjunto ficha EXP 399987541). El Objetivo ya a sabiendas, será invitado a presenciar la actuación de la criatura. Según su perfil psicológico, el Objetivo repudia el ámbito circense (trauma de la niñez), pero sus fuertes creencias morales sobre la paternidad (carácter endorfinico), lo obligarán a asistir a la función.

Una vez el objetivo en el circo, se iniciará el incendio que provocará la muerte del susodicho, ya sea por efecto de las llamas, intoxicación por

humo, o por el derrumbe de las instalaciones.

Note: Todos los inocentes que se vean afectados de una u otra manera, en esta operación, se los considerará daño colateral.

Vale destacar que cualquier paso en falso puede provocar el fracaso de toda la operación.

Señores, confío en ustedes.

Tengan ustedes buenos días.

The Mayor

Firmado en El Cairo, el décimo tercer día del mes Julio de 2005

Capítulo 27

8

Martes 28 de noviembre de 2006

“Doctora Katherine, presentarse en cirugía, por favor” dice por los parlantes una voz de mujer soltera. Katherine pasa por el pasillo, en cardiología está un militar poniéndose su uniforme. Está muy enfermo y se va a morir. En rayos X, una mujer que ha sufrido un accidente automovilístico, o se cayó de la escalera, se está poniendo una bolsa con hielo en el moretón que tiene en un ojo. En cirugía la espera Morgan que ya está listo para la operación. Al entrar en la sala saluda a Bárbara, hermosa rubia con esos pechos duros que no necesitan corpiños; será la instrumentista en la intervención quirúrgica. Tota que es una muñeca regordeta y simpática, no ha parado de anestesiar al paciente desde que Samanta la colocó con una mano sobre la mascarilla del nebulizador apoyada sobre Morgan. Por lo tanto el paciente está dormido profundamente y desnudo, y ella, Katherine, no tiene más que tomar los instrumentos y comenzar a operar. Toma el cuchillo y hace la incisión a lo largo de la panza de Morgan. Puede ver como las tripas blancas se rebalsan, el corazón late débilmente, los pulmones se inflan y se desinflan. Entonces, para ver mejor como proseguir, se acerca a la mesita y mira el libro de anatomía. Sí, está todo en su lugar, sin embargo parece que Morgan no es hombre, pues no tiene pene. Ella se ha asegurado de que el paciente esté totalmente desnudo antes de operar. Tampoco tiene pechos como su madre, Pues Morgan debe ser niña. El problema es que ella nunca quiso ser pediatra, y ahora se daba cuenta, después de que ya había abierto el torso de Morgan. Más bien debería haber operado a Bárbara que era la única que tenía pechos, y Morgan debería haber sido la instrumentista. ¡Qué estúpida! Se había dejado llevar por la idea de que las enfermeras e instrumentistas deberían ser chicas lindas. No duda y toma a Morgan de una pata y lo revolea por los aires y va a estrellar contra la pared. Katherine se va a un rincón y las lágrimas le empiezan a caer de esos ojos marrones.

Jamás sería una doctora si no podía distinguir entre un niño y un grande, entre un hombre y una mujer. Y es tan evidente, sobre todo cuando están desnudos, aunque no era necesario. Su padre era hombre porque usaba uniforme y bigote. Y su madre era mujer porque tenía pechos y pelo largo. Pero como dice papá, del error se aprende. Entonces Samanta toma el libro, lo inspecciona nuevamente, agarra a Bárbara. Va a ser la paciente. La instrumentista será Tota y la anestesista será Coca. Toma de

nuevo el libro para examinarlo. Después de un rato se pregunta ¿Por qué hay hombres y mujeres?

-¿Pero qué es lo que pasó? –Volvió a insistir el Hombre de Seguridad mirándola desde el otro lado de la mesa, en la garita de la entrada al zoológico.

Samanta pareció volver en sí. Dejando de lado aquel recuerdo de hacía más de diez años, cuando soñaba con ser médica. Y ahora, en el 2006 las imágenes de las cuales había sido testigo en hospital la hacían repeler cualquier cosa que tuviera que ver con la medicina. Era un niño, una criatura recién nacida. ¿Por qué habría de hacerse eso? ¿Para qué? ¿Cuál podría ser la razón para operar el rostro de un bebé? Pero es que Samanta siquiera podía hacerse esas preguntas. Aún estaba en shock como para reflexionar. Su mente sólo quería borrar la mano que sostenía el bisturí y pinchaba los ojitos del nene.

-No quiero hablar de eso – Le dijo a El hombre de Seguridad.

-¿De qué querés hablar?

-De nada.

De nada hablaron. Samanta hubiera aceptado un abrazo, un beso, un cuerpo poseyéndola. El Hombre de Seguridad ni siquiera advirtió la oportunidad que tenía.

Capítulo 28

9

Lunes 4 de Diciembre de 2006

El Payaso se tomaba la frente y maldecía en silencio. A su lado, María de Los Ángeles amantaba al niño que llevaba en sus brazos. Irene ya se había tomado un remís a la casa de su madre, con lágrimas recorriendo sus mejillas olvidándose de todo lo que había pensado sobre su matrimonio y los faroles, hacía unas horas atrás. De todas formas, la idea era prácticamente la misma, ahora deseaba que El Payaso estuviese muerto. Y aunque no lo viera, parecía estarlo, ahí, tratando de comprender qué estaba ocurriendo, como si no lo supiera, o mejor dicho como no pudiendo creer lo que pasaba; si era un sueño o la cruda realidad. Y para confirmar la segunda opción el niño comenzó a llorar. Entonces El Payaso miró hacia las dos personas paradas a su lado.

-Siempre llora cuando se le escapa la teta – dijo María de los Ángeles –, le cuesta encontrarla. Yo lo ayudo un poco pero...

Lentamente, el hombre se levantó y en silencio se acercó a ver a su hijo. Miraba sus ojos lechosos.

-Tiene tu misma nariz...

Y lo peor del caso es que no lo podía negar, ni siquiera poner la duda. No sólo la nariz se asemejaba a la suya.

-¿Y cómo me encontraste? –preguntó El Payaso.

-Me dio la dirección un amigo. El que organizaba aquellas fiestas...

La miró severamente. Tenía la cara demacrada y sucia. Su pelo, que él recordaba suave y ondulado, ahora se veía duro, grasoso. La ropa emanaba olor a mugre y a mierda de bebé. Era indudable que no tenía donde caerse muerta.

-Perdoname –pronunció en voz muy baja ella-, debí haber buscado otro momento para esto, pero...

-Ya está hecho –respondió con falsa indiferencia y se frotó un ojo -¿Tenés

donde quedarte?

Ella respondió que no con un movimiento de cabeza. Él respiró hondo y fue a su habitación. Volvió con un pijama rosa.

-Parece que no va a dormir acá hoy. Y pensar que este era su preferido. Allá está el baño, hay toallas, creo.

María de los Ángeles entregó el niño que aún lloraba. El Payaso lo tomó con temor; había que cambiarlo pero en la casa no había pañales. Así que lo tuvo de esa forma, mirándolo, sin salir todavía del rechazo y la ternura que tener a su hijo en brazos le producía. Mucho tendrían que hablar los padres de esa criatura, que comenzaba a calmarse por el amor paternal.

Capítulo 29

10

Las botas han de estar siempre lustradas. Ese era el lema de El Milico. Podía tener el uniforme con chimichurri o sangre coagulada, pero las botas...

Era su primer viaje al Cairo. Había estado en Bosnia, en Pakistán, en Afganistán e Irak. En el fondo, el Medio Oriente no le hacía gracia. Pero allí estaba. Porque debía. Regio y orgulloso, firme hasta que le dieran la orden de posición de descanso. Cuatro horas esperando la orden, siendo observado tras el vidrio de la cámara Gesell. Soportando altas y bajas temperaturas que se alternaban por el capricho de quien lo espiaba. Ruidos cacofónicos, el agrio olor de la guerra. Sismos y calma absoluta. Pero él, firme.

Una cosa hay que tener en cuenta para ser militar, pensaba El Milico: No cuestionar. Y es por eso que no cuestiona y por eso le habían encomendado la misión que le encomendaron. Señor sí señor. Monoteísta, monogámico, padre de una hija. Era sencillo y lo haría. Jamás hubiera preguntado por qué en El Cairo si su misión era justamente en Argentina, justamente en Buenos Aires, a escasos kilómetros de su hogar. Por qué enviar a un militar de alto rango a raptar un niño en una clínica. Esas preguntas son las que ponen en juego toda una misión, las medallas y los honores. Y eso lo sabía El Milico. Tampoco se preguntaría si realmente estaba en El Cairo.

Según las órdenes de The Mayor, volvía a Argentina cuanto antes, pero en calidad de incógnito. Absolutamente nadie debía saber su posición. La primera fase consistía en espionaje. Le habían conseguido una casa vecina a la de El Payaso desde la cual lo podía observar. También un local enfrente de su estudio contable donde trabajaba El Payaso, como estaba especificado el expediente 152687P. El milico sabe que los planes pueden ir cambiando a medida que pasa el tiempo, las causas imprevistas (el azar) modifican los pasos a seguir. Pero esta vez, las órdenes se daban fluidamente como si The Mayor hubiera podido dar una hojeada al libro del Destino.

La misión comenzó a fines de 2005. En enero de 2006 comenzó su espionaje. La vida de El Payaso solía desalentarlo. El hombre que estaba a punto de casarse, engañaba a su mujer con la primera que apareciera. Su pareja (EXP 25554785I) no daba cuenta de lo que ese sátrapa le hacía. "¿A dónde queda el amor?" dejaba escapar, entre dientes, El Milico. Miraba sus botas lustradas y disipaba la pregunta porque no era útil para

la misión. No debía sentir ni aprecio, ni odio por el objetivo. Pero si un hombre así se acercara a su hija no dudaría en matarlo. En febrero asistió a su boda. Desde la última fila lo miraba severamente, recordando como, unos días atrás, en Buenos Aires, la mira telescópica del fusil, le daban las lascivas imágenes que componían el Objetivo y la tal 2563500M. Él atado como un cordero, Ella voraz como una loba. En más de una ocasión, se sintió de presionar con su dedo y jalar el gatillo.

A fines de octubre, fue relevado de su puesto de vigilancia en el pueblo donde habitaba el Objetivo. Volvió a Buenos Aires. Tan cerca de su familia y tan imposibilitados de verse. Tan cerca de su hija, que todavía no entendía como no lo había reconocido en la clínica mientras llevaba al pequeño a cirugía, lo depositaba en la camilla de operaciones. El barbijo dejaba ver los marrones y brillosos ojos de Samanta, y él sentía despedazarse por dentro. Pero las botas lustradas... Comenzaba a pesarle la misión. Por primera vez en su vida, deseaba que todo eso concluyera. Pidió al menos poder ver a su mujer y a su hija, antes de terminar; ya faltaba poco, pero lo necesitaba. Se le concedió sólo la visita de su esposa, en El Cairo. Así que la noche del 28 de noviembre volvió a volar al Cairo para, el primero de diciembre, encontrarse con Raquel.

El 23 de diciembre de 2006 los cónyuges ya estaban de vuelta en casa. Sólo restaba el último paso, ese mismo día: el atentado.

Capítulo 30

11

Jueves 30 de noviembre de 2006

Arrinconada contra la puerta del banco, María de Los Ángeles cubría todo su cuerpo con una frazada y protegía al niño del viento y de la pequeña llovizna de noviembre que los salpicaba. El piso estaba duro y húmedo. Abría los ojos bajo la tela y no veía nada. Acostumbrada ya al olor de no bañarse, sólo mantenía sus sentidos puestos en las respiraciones. Buscaba que ambos respiraran al mismo tiempo y así Jugaba a la transmutación de cerebros; ella ser él y él, ella. Ahora que dormía y estaba tranquilo, trataba de hacerle entender por qué lo tenía viviendo en la calle, mientras ella trataba de encontrar la calma con la que él dormía. Era un juego divertido en el que se sentía una inocente criatura, libre de todo mal. Era reconfortante porque El Niño la entendía y no la culpaba por todos los errores del pasado. El corazón de mamá late. Late de amor, late de cariño hacia mí. Siento el calorcito del abrazo, bajo la frazada, cubriéndome del frío, de la lluvia, del mundo. Mi mamá me mima. Mi mamá se esconde bajo la frazada junto conmigo. Como yo, se queda a oscuras. Y escucha las respiraciones al compás. Y toca mi naricita. Y sabe que duerme como un angelito. Duerme, mi dulce corazón. Duerme; mamá te protege del frío y de la lluvia. Y nada en este mundo te va a ser mal. Mi solcito, mi alma, te amo.

Eran apenas una bola de sombras contrastando con el anaranjado color de la calle. Y a pesar del aislamiento térmico de las frazadas, las transmutaciones cerebrales y la sonrisa mental, una especie de calor fétido se sostenía entre latido y latido, en medio de ellos, pequeños intervalos de angustia. Una bola de sombras que a nadie interesaba. O que se interesaba a sí misma, y sólo a sí misma. Y ese mismo interés generaba la culpa de la madre, y lo que daría por que alguien tocara su hombro en ese instante.

María de Los Ángeles no creía en Dios. O bien, creía cuando niña, pero dejó de creer cuando creció y ahora volvía a creer, cuando Cristo, o quien fuera a poyaba su mano abierta sobre la frazada que cubría su espalda. Luego la destapaba, la llenaba de luz naranja. Sus ojos rebalsaban de luz naranja y como queriendo volver a la ceguera, como una especie de inercia o fuerza de gravedad hacia lo negro, cerraba los ojos. Pero allí, a su lado estaba Cristo, o un mensajero de él que la invitaba a levantarse como Lázaro y andar, andar hacia una cama con frazadas secas, para ella

y para su hijo.

Le era imposible creer del todo cómo, de un momento a otro, su vida tomaba un rumbo diferente. Le ofrecían un hogar, un buen pasar económico. Un lugar destacado para su pequeño payaso. El circo estaba dispuesto a darle un número en el show. El payaso más joven del mundo. Es ciego, Mejor aún, la gente se apelo-tonará en las boleterías. Sólo había un inconveniente, se necesitaba la autorización del padre.

Capítulo 31

12

23 de Diciembre de 2006

Niños y adultos invadían el lugar. Todos querían ver al Payaso más joven del mundo. El hombre de Seguridad le cedió paso a Samanta para que caminase por el pequeño pasillo entre las butacas y tomase asiento. El pelo de Samanta pasó tan cerca de su cara que el colorado se vio envuelto en una pradera primaveral devenida en champú. Se acomodaban en la cuarta fila. En la primera, esbelta, como hacía años, lo había sabido estar, se encontraba María de los Ángeles, mirando a los lados, sin perder la supuesta calma, en busca del rostro del padre de su hijo. Había sido difícil convencerlo de que autorizara la participación de El Niño en ese show. Pero más difícil sería verlo presente ese día. El Payaso se había negado a firmar aquellos papeles que María de Los Ángeles traía consigo la noche en que se presentó de improviso en la casa. Pero al final cedió ante las súplicas de la madre desesperada por darle un lugar digno a su hijo. Pero ante la invitación a ver el espectáculo, El Payaso solo atinó a girar sobre sus talones e irse a su habitación en total silencio. Ahora, en el circo, los gritos y las risas eran incesantes. La gente seguía entrando; Record de ventas.

-¿Querés? –Samanta le ofreció el paquete de pastillas DRF.

-Gracias –Contestó El Hombre de Seguridad, tratando torpemente de sacar una, aún sin salir de la pradera, apenas olvidando un momento la cercanía de los jeans que ambos llevaban puestos. La menta le apeteció dentífrica. La frescura de Samanta...

La banda empezó a tocar, el trombonista dibujó un firulete sonoro que terminó con el bombo y los platillos estallando. El redoblante comenzó a marchar. La gente iba apagando sus comentarios, o los mutaban en bajitos retos a sus hijos ansiosos de ver el Show que estaba a punto de comenzar. Las trompetas difuminaban su alegría y los platilleros aplaudían metálicamente. La tuba marcaba el uno y dos, alimentado con bombazos. La melodía era festiva y así iban entrando algunos de los artistas, liderado por el tipo de galera. Todo acompañado de las palmas del público, salvo las de El Payaso, que permanecían bajo sus axilas, muy cerca de la puerta.

Samanta sonreía al ver los payasos con sus torpes mímicas y los enanos, los malabaristas, el pequeño chino vestido de gimnasta, la no pequeña mujer con músculos. El hombre de Seguridad observaba el perfil de su acompañante y sonreía también. Cuando entró el elefante Samanta volteó su vista hacia el colorado como haciendo la analogía con su trabajo, pero el Hombre de Seguridad no le importaba en esos momentos las bestias, sino los ojos que lo miraban con expresión cristalina.

Cuando el animador puso sus pies en medio del escenario y la luz lo enfocó de lleno, sonriente alzó su mano y se quitó la galera al tiempo que la banda concluía su primer número. Dio las bienvenidas a los niños, damas y caballeros presentes. Comenzó a mencionar los actos que ese día podrían admirar, destacando el debut del payaso más joven del mundo. María de los Ángeles sintió un inmenso orgullo, El Payaso una pequeña punzada en el corazón.

Fuera de la carpa, El Milico se agazapaba por entre las jaulas de los felinos. El viejo sereno silbaba la melodía inicial del espectáculo. Después de haberla escuchado, casi todos los días por más de veinte años, la silbaba con una especie de hastío haciendo girar su macana o chocándola contra los barrotes de las fieras. Nunca hubiera esperado que desde el techo de una de las jaulas, una sombra cayera tras de él y lo tomara por sorpresa. Los huesos cervicales sonaron secamente. El cuerpo fue arrastrado hacia el contenedor de basura.

Capítulo 32

((13

...Viernes 6 de Julio de 2007

...y voy a estar toda la vida con ella. Voy a hacerla feliz. No me voy a separar nunca de ella. Nada me puede separar de ella. Ni siquiera las distancias me pueden distanciar de ella. Porque ella me ama y ya la amo a ella. Es la única cosa que necesito para vivir. Puedo estar sin agua y sin comida pero no sin ella. Ella me comprende, Ella me sonrío y le sonrío a todos pensando en mí. Y yo la comprendo y le sonrío, y le sonrío pensando en ella. Ella no me merece pero...

(¿Pero qué?)

... ¿Apareciste?...pero ella me quiere y yo la quiero a ella. Todos los días cuando me despierto pienso en ella y en sus besos que son una prolongación de ella. No pienso en desconfianza o en confianza, porque para con ella no hace falta. Es tan obvio que confío tan profundamente, tan ciegamente, tan...

(¿Tan qué?)

...tan felizmente, que pensarlo es un esfuerzo vano. No dudo. No. Con ella no dudo. Y cuando recuerdo sus ojos, tan lindos, tan apropiados a ella, que es tan simple, sólo me queda decir que soy feliz y...

(Me parece una reverenda cagada lo que acabas de escribir)

...Es lo que siento, querido Amigo...

(Haceme el favor, arrancá esa hoja y tirala a la basura. Ha llegado la invitada.)

...y su barba crecida choca contra la bolsa de papel que cubre su rostro y sus dedos manchados con tinta china, arranca la hoja de su cuaderno Gloria y la revolea por lo aires...

(¿Hubieras querido haber muerto, verdad?)

...y él no contestó; volvió a sumergirse en los escritos, mostrando una total indiferencia hacia la invitada. Ella ya tiene las indicaciones en sus correspondientes lugares: entrar y sentarse, sentarse y no decir nada. Y él escribe, escribe. Y escribo porque es una manera de estar conectado con ella. Nunca paro. Lo hago por ella. Busco las frases, no, no busco nada. Escribo lo que pasa por mi mente sin pensarlo. Sólo pienso en ella. Hubiera querido, quizá. Pero quiero, sin duda, otra cosa...

(Ni lo digas)

...y si no te lo digo es porque no hace falta. Nada hace falta al lado de ella...

(¿Al lado?)

...Sí, al lado porque está acá a mi lado. Y yo al lado de ella...

(¿Cuándo te vas animar a escribir su nombre?)

...y su nombre no importa. Puede llamarse Ofelia si quiere, Yo le doy todos los gustos a ella y si ella quiere llamarse Ofelia, no me importaría, para nada, Un nombre no reemplaza a su ser...

(¿Y si se llamara Samanta?)

...

(¿Eh? ¿Sin palabras?)

...y nunca me quedo sin palabras, sin símbolos. ¿Acaso no es un símbolo un punto? Sí, Ella diría que sí. Entonces si ella así lo piensa, escribo tres...

(¿Ella?)

...y sí yo pensara que su nombre importa lo pondría, pero su nombre no importa...

(Si fuera un hombre, te lo perdonaría, ¿pero una mujer?)

...y una mujer no me confunde. Todas tienen nombre y todas son distintas, pero ella...No. No te acerques, es peligroso le diría, pero sólo levantar mi mano ha de alcanzar para que la invitada no tome el bollo de papel y descubra las palabras que he escrito y desechado...

(¿Que le ha pasado a ella?)

...Nunca la pasa nada, porque ella es intocable. Pero le pasan muchas

cosas a ella y a mi me gusta todo lo que le pase...

(¿Y si muriera?)

...y no puedo pensar que ella pueda morir, porque ella es inmortal. Ella no muere y puede engendrar vida...

(¿Si la picara una serpiente)

...y si la picara una serpiente yo le succionaría el veneno con mis ojos y ella reviviría...

(Y entonces vos te moriría.)

...Siempre está ella salvando mi pellejo...

(¿Samanta o Irene?)

...Se me acaba el cuaderno...

TIEMPO VETE.

Capítulo 33

14

25 de diciembre de 2006

En la nochebuena, Irene había comido en la mesa con su familia como todos los años. Las mismas caras de siempre, el mismo vino de siempre, el mismo lechón de siempre. Sólo algo cambiaba: El Payaso; su ausencia. La tele estaba encendida. Los noticieros no dejaban de repetir una y otra vez las mismas imágenes, haciendo la reconstrucción del caso. Un circo había ardidado la noche anterior. Hasta el momento había más de cincuenta personas muertas, y cientos de heridos. Los peritos habían descubierto que aquella catástrofe no había sido accidental. Y había indicios sobre el culpable, identificado como un ex militar que se encontraba desaparecido. Su hija también estaba desaparecida y se trabajaba en la hipótesis de complicidad.

-Ya ha sido detenida la esposa del presunto autor del hecho. Ha declarado no saber nada, y asegura que su familia no tiene nada que ver con el incendio –anunció el periodista que no se aparecía en la pantalla; una y otra vez volvían a repetir aquellas imagen del fuego y luego los bomberos y los camilleros, el titilar de las luces de las patrullas.

-Hijo de re mil putas –dijo el padre de Irene -. Milicos de mierda.

Irene miraba las llamas en el televisor y deseaba que su ex marido hubiera estado allí. No sabía que sí había estado, aunque pensaba imposible que así fuese: el payaso odiaba los circos.

Cuando dieron las doce, las copas se alzaron en la casa de Irene y brindaron por una feliz navidad, que para ella no era tal, aunque no lo dijo.

Los cohetes encendieron el aire y las calles silenciosas del pueblo. En la ciudad, a pesar de la tragedia también hubo cohetes y hubo un inicio de disparos. El milico estaba agazapado en el primer piso de un edificio bajo.

La misión llegaba a su fin. Las cosas se habían complicado. Por alguna razón, la zona no había estado liberada como se suponía. La policía había reconstruido demasiado bien la escena; cosa que a El Milico le pareció extraña, pero si era parte de la misión terminar tras las rejas, lo haría, aunque primero debía localizar a su hija. En el noticiero había visto cómo

se llevaban detenida a su mujer con una campera en la cabeza. Eso no le preocupaba, pero sí el rumor de que su Samanta estuviera implicada. Pues era un rumor; su niña no tenía idea del asunto. Aunque no se sabía dónde estaba.

-¡Entréguese! ¡Ya terminó todo! ¡No puede escapar! –Escuchó desde afuera. Volvió a mirar por entre las cortinas. Las patrullas seguían acumulándose en las calles. En cuestión de minutos tratarían de entrar por la fuerza. Dejó el fusil contra la pared y se acercó a El Anfitrión, que maniatado y con los ojos vendados, esperaba su sentencia de muerte o lo que ese chiflado quisiera hacer con él.

Sin mediar palabra El milico levantó a su rehén desde la camisa y lo llevó directo a la ventana. La nueve milímetros que descansaba en su funda se dio a relucir apoyada en la sien del hombre.

-¡No intenten nada porque se pudre todo! –Gritó el Milico.

El sargento al mando levantó la mano en señal de alto y luego la bajó lentamente.

-¡Baje el arma! ¡No cometa algo estúpido!

-¡Quiero un teléfono, ahora! ¡O éste es boleta!

-Denle lo que pide –dijo seriamente el Sargento al Agente que tenía al lado. El agente asintió con la cabeza y tomó su radio.

Mientras esperaba que le alcanzaran lo único que había pedido, El Milico dejó correr la venda que tapaba los ojos del rehén.

-Feliz Navidad –pronunció El Anfitrión con una leve sonrisa y recobrando poco a poco la visión. El Milico no contestó. Sólo fue hacia la ventana nervioso; se estaban tardando más de la cuenta en darle el celular.

-Tranquilícese, hombre. No van a ser nada mientras me tenga usted aquí.

El Milico volvió a girar hacia su víctima.

-Soy su única garantía de libertad.

-No quiero libertad... -respondió al fin El Milico. El Anfitrión alzó las cejas.

-Necesita hacer una llamada... de esa libertad le hablo. ¿Podría darme un cigarrillo? Están en la mesa.

El milico no contestó pero fue hacia la mesa y le alcanzó el paquete de

Parisiens.

-¿Es su hija, verdad?-continuó EL Anfitrión -. Teme que le haya pasado algo... ¿Me daría fuego? –estiró su mano atadas con el cigarrillo entre sus dedos. El Milico usó su encendedor y El Anfitrión exhaló apasionadamente la primera bocanada.

-Gracias. Teme que quede implicada como su mujer.

-Ella no tiene nada que ver.

-Sin embargo, está desaparecida. Lo que a usted lo está aprisionando no es haber incendiado el circo y que toda la policía de la ciudad lo tenga rodeado. No, lo que a usted lo aprisiona es su hija. –volvió a pitar -¿Por qué lo hizo?

-Sólo cumplía órdenes.

- Ya veo.

El ex militar volvió a la ventana. Pronunció algo entre dientes. Algo inentendible, como una maldición contenida.

-Usted tiene razón -dijo sin sacar la vista de la ventana -. Necesito saber dónde está mi hija. Luego podré seguir con el plan.

Se hizo un pequeño silencio. Las luces de las sirenas que entraba por la ventana chocaban contra el humo del cigarrillo y contra la cara de El Anfitrión. Desde su posición veía al demente como una sombra recta parada a contraluz del fulgor de la ciudad.

-Sólo quiero desearle feliz navidad a mi hija. Debería estar en estos momentos con ella y no aquí con usted.

-Sólo cumple órdenes...

El Milico se volvió rápidamente.

-Debería estar con ella. El haber hecho una masacre no me hará perder el sueño, si tengo que matarlo a usted, no dudaré un segundo. Si me tengo que enfrentar a las fuerzas policiales más de uno acabará en un cajón antes que yo. Créame, en mis venas corre las más frías de las sangres. Soy una máquina entrenada para matar; puedo fijar mi mente en el objetivo. Pero si le pasa algo a mi hija...

-Entiendo...

-No, no entiende. Es la primera navidad que pasamos separados. Estuve en muchas misiones, lejos de casa, pero a fines de año siempre estaba ahí, descorchando la sidra. Se suponía que esto terminaría el día veintitrés.

-Terminar... -El anfitrión lanzó la colilla contra la pared opuesta. El punto rojo, quedó en el suelo-. Usted piensa que esto va a terminar.

-Terminaré en la cárcel o muerto... Alguna vez tiene que terminar.

-No hay veces...

-¿Cómo?

-No hay veces, siempre es siempre. Uno piensa que la boa lo devora y todo termina. No, no hay veces. Esto no terminará porque usted y una manga de chiflados, lo maten.

El Milico miraba absorto los contornos del hombre en la penumbra.

-¿Qué es lo que usted sabe? -Preguntó al fin El Milico.

-¡Muy bien! ¡Ahí le dejamos el teléfono en la puerta!-se oyó desde el pasillo de piso.

Los dos hombres se quedaron mirándose en las penumbras un tiempo. Los rayos azules mostraban las patas de gallo de El Anfitrión en la oscuridad.

-Es hora de la verdad -Dijo el Anfitrión y alzó sus dos manos atadas para que lo levantasen. El Milico no tardó tirar de ellas y lo rodeó con su brazo volvió a desenfundar la pistola y llevando a su rehén, abrió la puerta sólo un poco, para estirar su pierna y hacer resbalar el teléfono hacia adentro. La acción fue rápida y una vez puesta todas las trabas en la puerta de entrada, soltó a El Anfitrión y recogió el celular.

-¿Qué fue eso de la verdad? - le preguntó mientras marcaba el número de Samanta.

-¿Puedo agarrar otro pucho?

-Pero no haga ninguna boludez.

El teléfono sonaba pero no atendía nadie. Cortó y volvió a marcar. El Anfitrión ya había encendido otro el cigarrillo.

-No contesta.

-Tal vez si prueba de nuevo...

Dudó un instante antes de volver a intentarlo.

-Es la primera vez que dejo que alguien fume dentro de la casa. El olor a tabaco...

El viejo no dio señales de querer apagar su cigarrillo, más bien saboreó la bocanada con más énfasis.

-¿Cree que le haya pasado algo a mi hija?

-¿Escuchó hablar del Frustradito?

-¿Quién es ese? –volvió a hacer otro intento de comunicación con Samanta.

-Todo lo que hacía lo hacía mal, o no lo hacía directamente. El Frustradito sentía que tenía que decir algo, algo tan importante, que no encontraba palabras. Yo creo que El Frustradito no tenía qué decir. Y si lo tenía, tenía miedo. El frustradito tenía miedo... ¿A qué le teme usted?

El Milico comenzaba a cansarse de la charla.

-Señor, si tiene algo que decirme dígamelo de frente, sin rodeos... ¿Hola? ¿Hola? ¿Samanta?

Recostado sobre el borde la mesa, El Anfitrión fumaba su Parisien. Estaba atento a la reacción de su captor.

-¿Cómo? – fue lo último que dijo El Milico antes de arrodillarse y dejar caer el teléfono.

Capítulo 34

15

23 de diciembre de 2006

Los números pasaban entre risas, asombros y aplausos. El Payaso observaba con cierto desprecio, siempre cercano a la puerta. Varias veces le habían pedido que tome asiento, pero él con el simple gesto de cerrar los ojos y apenas negar con la cabeza había disuadido a los que intentaron moverlo de ese sitio. María de los Ángeles no lo había ubicado todavía. Presentía que estaba presente, pero no ante su vista. Hubiera querido que estuviera ahí, primera fila, sentado a su lado, pudiendo enorgullecerse juntos de su hijo.

El domador no había salido aún. Las bestias era lo que más esperaba Samanta. Así se lo había dicho a su acompañante, pensando que a él también le interesaría eso. Pero El Hombre de Seguridad lo que menos quería era ver animales. Tan sólo ver lo que hacían con el orangután: el cliché de comer bananas en un numerito de payasos, qué poca gracia le había dado. Dejaban al mono como el más inteligente de los cuatro actores. Y si para El Hombre de Seguridad esto no daba gracia, para El Payaso era insultante. Pero sabía que de esto se trataba el circo: un insulto. Un verdadero insulto a su ser. Una burla agria que se le metía en la nariz como el azufre. Que le intentaba pintar una lágrima al costado del ojo. Que lo reducía a su más mínima expresión: la risa ajena. La risa ajena era como ese sacrificio que Los Dioses le pedían. Los aztecas habían tenido un método parecido. Sin muerte no puede haber vida. Lanzaban la ofrenda desde las pirámides y listo. Se terminaba. Pero la risa ajena de los circos era trámite eterno. Terminada la función; comenzaba otra. Sin dolor propio no puede haber risa ajena. Todavía no había sido sacrificado del todo; desde su lúgubre ubicación podía ver a la culpable de aquel rito, esperando que su propio hijo saliera.

Los aztecas vociferaban esperando la salida del cordero. Pero todo se silenció, todo se oscureció y luego luz, la única luz cenital que apuntaba la cima de la carpa. Y sobre una pequeña plataforma, El Niño con un arnés que lo mantenía en pie ante la multitud que ahora no pudo evitar exclamar con asombro.

Samanta y el Hombre de Seguridad, se miraron y volvieron sus ojos al payasito. María de los Ángeles se tapó la boca. No le había dicho nada de aquella proeza. Ella pensaba que sólo lo iría a tener en brazos alguna payasa o algo por el estilo.

-iObservad! -dijo la voz en off del presentador -iDeteneos un segundo en su pequeño y frágil cuerpo! ¿Halláis a este, el payaso más joven del mundo, interesante? Pues, bajad ahora, sólo un momento, vuestros ojos y mirad qué está sucediendo en el suelo.

Dos payasos tiraban de una pileta de agua sobre un pequeño carro. El

chirrido de las ruedas hizo que El Payaso mirara. La pileta fue ubicada justo debajo de la plataforma donde se hallaba El Niño. María de Los Ángeles se levantó de su asiento.

- Ya habéis sacado vuestras propias conclusiones. No todos los días se presencia algo así. Todos los nuestros deben pasar por esta prueba. Es nuestro bautismo. Veinte metros lo separan del agua que lo purificará. Nuestro artista necesita concentración máxima y por ello os vamos a pedir silencio total. Disfrutad del espectáculo.

Nuevamente el redoblante comenzó a sonar. Todas las vistas estaban pendientes del payaso más joven del mundo, que en breve dejaría la plataforma y en caída libre llegaría al cubo o al piso. Y El Payaso ya no soportó tal infamia y avanzó por el pasillo. Debía frenar ya toda esa locura, sacar a su hijo de aquel lugar y marcharse por donde había venido. El sudor recorrió su frente quitándole un poco el maquillaje. Pero cuando estaba a punto de subir la tarima, meterse en territorio circense, la luz se fue. Miró hacia los reflectores en busca de una respuesta, pero no la obtuvo. No al menos hasta que otro tipo de iluminación surgió del fondo. Era el fuego. Y con él, el humo y el derrumbe; los gritos de pánico; la inmediata avalancha humana.

Primeramente, algunas cuerdas comenzaron a cortarse, haciendo que el techo cediera, mientras las columnas comenzaban a arder. Todo era confusión. María de Los Ángeles, no dudó en trepar a las tablas. Una lógica desesperación maternal la movía a buscar a su hijo. El Hombre de Seguridad tomó de la mano a Samanta e intentó ir hacia el pasillo. Fue en ese momento en que un tirante, quizás el que mantenía la luminaria, se desprendió cayendo unas cuantas filas atrás. Samanta no dudó en aferrarse a su compañero. No gritó; sabía que lo mejor era mantener la calma. Ahora la gente pasaba por sobre las butacas, algunas hacia el fondo, otras hacia adelante. Pero los que iban hacia el fondo rápidamente cambiaban de dirección, el tirante recién caído ardía y obstaculizaba la salida. El hombre de Seguridad viendo que el fuego se aproximaba e imitando a los demás espectadores instó bruscamente a Samanta a trepar sobre los asientos. Pero Samanta entraba en estado de Shock viendo como la plataforma en la que estaría el pequeño payaso empezaba a perder su verticalidad. María de Los Ángeles gritó horrorizada mientras se tapaba las orejas. Y El Payaso miró hacia otro lado, hacia donde estaba Samanta, al tiempo que Samanta miraba hacia donde estaba El Payaso. El Hombre de Seguridad siguió la línea de esas miradas, luego vio a la mujer pegada al escenario. Esta se arrodilló y miró hacia cualquier lado. Y en esa mirada febril, de locura temporal, halló los ojos de El Hombre de Seguridad. Los cuatro se quedaron como hipnotizados, mirándose a los ojos, como perdiéndose en las pupilas del otro, mientras el fuego avanzaba.